

Yaroslava Guerrero Placencia

21

LAS PIONERAS 1

LA IRRUPCIÓN DE LAS UNIDADES FEMENINAS
EN LA ASOCIACIÓN DE SCOUTS DE MÉXICO



LAS PIONERAS 1

Yaroslava Guerrero Placencia
(coordinadora)

Las Pioneras 1

La irrupción de las unidades femeninas
en la Asociación de Scouts de México



Primera edición digital: 2025

BIBLIOTECA DEL CENTENARIO

Coordinador de la colección: Arturo Reyes Fragoso

Coordinador de diseño editorial: Alberto Rodríguez Luna

Diseño de interiores: Rodríguez Hnos. Impresores

Asociación de Scouts de México, A.C.

Córdoba 57, colonia Roma Norte,

C.P. 06700, Ciudad de México

Tel. (+52) 55 5208 7122

www.scouts.org.mx

oficina.nacional@scouts.org.mx

Presidente Nacional

Enrique Moreno Cárdenas

Jefe Scout Nacional

Pedro Díaz Maya

Subjefe Scout Nacional

Ángel Martínez Herrera

Director Nacional de Métodos Educativos

Joaquín Ramos Guerra

Comisionado Nacional de Programa para Jóvenes

Iván Cortés Byron

Coordinadora Editorial

Berenice Luna Gómez

Gerente de Imagen y Comunicación

Persé Alberto Cárdenas Irigoyen

© Asociación de Scouts de México, A.C.

Diseño de portada e interiores: Carlos Rodríguez Millares

Viñeta de portada: Escudo que alude al ingreso oficial de las unidades femeninas a la Asociación de Scouts de México, a principios de los años ochenta, 2024

La presente obra se publica con fines de divulgación sin lucro alguno. Pueden reproducirse parcialmente sus contenidos, siempre y cuando se den los créditos de la Asociación de Scouts de México, A.C.

Llamada de reunión

Cuando me propusieron coordinar la publicación que reuniría los testimonios de las protagonistas de la integración de las unidades femeninas a la Asociación de Scouts de México, lo primero que se me vino a la mente y boca, fue: “¡Claro que sí!” He de confesar que para ese momento llevaba más de quince años inactiva en el escultismo, y otros ocho años fuera del guidismo, al cual ingresé por invitación de la compañía donde estuviera mi hija. Pero no me malinterpreten: estuve activa en el movimiento scout mexicano desde mis quince años hasta mi partida de clan; después, como dirigente y scouter en mi grupo *alma mater*, el G-II-M, y, años después, como madre de familia del grupo donde participaron mis hijos. Y aunque no viví en carne propia la etapa testimonial aquí cubierta, soy heredera directa de quienes la hicieron realidad.

A lo largo del proceso de integración de las múltiples voces que conforman *Las Pioneras*, recordé una reflexión escuchada un domingo en la iglesia: “La mujer salió de la costilla del hombre, no de los pies para ser pisoteada, ni de la cabeza para ser superior, sino del costado para ser igual, debajo del brazo para ser protegida y al lado del corazón para ser amada” (*El Talmud*. S. III a V), y en alguna ocasión, al trabajar como voluntaria en Nuestra Cabaña —el Centro Mundial Guía ubicado en la ciudad de Cuernavaca—, recuerdo una charla con una chica argentina respecto a las dos “asociaciones hermanas” existentes en México, y el hecho que las mujeres formaran parte integral de la Asociación Scout, a lo cual ella me diría: “Si en mi país los scouts integrasen mujeres como muchachas, querría decir que no entendieron nada”, lo que después propició que yo reflexionara en privado: “¿No entendieron nada, de qué?”

En fin, el proceso creativo de una obra en individual está siempre lleno de muchas ideas que influyen, se quedan o desechan; y cuando lo que se pretende crear es más la coordinación de una comunidad de experiencias, las ideas se vuelven tan infinitas como las contenidas en la cabeza de cada uno de sus participantes. Aquí logramos reunir los testimonios de medio centenar de hermanos scouts —sí, hermanos, porque hubo colaboraciones masculinas, también—, del más de centenar y medio de manos que se levantaron interesadas en participar, al lanzarse la convocatoria por las redes sociales de la Asociación, en octubre de 2024, que nos ayudaron a conformar el resultado que podrán leer en la siguientes páginas, y que constituye un importantísimo paso de la Asociación de Scouts de México, en su registro histórico, y punto de partida para una investigación más profunda y rica fuente de reflexión.

Ya han pasado más de cuarenta años de la integración oficial de las niñas y muchachas como participantes activas del escultismo, por lo que consideramos un acto no sólo necesario, sino de justicia dejar huella de las altas y las bajas del apasionante proceso por el que pasó la Asociación para incorporarlas a su estructura y propuesta educativa. Aquí encontraremos una gran variedad de términos usados por las mismas chicas, como “clandestinas”, “piratas”, “irregulares...”, términos que reflejan cuál era el sentir de sus protagonistas al iniciar o hacerse conscientes de la aventura que llevaron a cabo, sin saber entonces que eran unas auténticas pioneras.

La historia de las mujeres scouts en México contada por las mujeres scouts de México.

YAROSLAVA GUERRERO PLACENCIA,
coordinadora, Ciudad de México, invierno 2024-2025

Al caminar entre los scouts durante las competencias, Baden-Powell había llegado a un pequeño grupo de seis niñas ataviadas con blusas blancas, faldas azules y largos calcetines negros. Portaban sombreros scouts, pañoletas scouts y bordones scouts.*

—¿Quiénes son ustedes? —les preguntó.

—Somos *girl scouts* —dijo la portavoz, una alegre niña de once años. Eran los primeros miembros de una posible rama femenina de los *boy scouts*, en hacer su aparición pública.

Baden-Powell se dio cuenta que había llegado el momento para encaminar a las niñas en tener la misma clase de diversión que sus hermanos. Más de seis mil niñas se habían registrado ya como *boy scouts* en la oficina de Victoria Street...

B-P sabía muy bien que, en ciertos círculos, en esos días eduardianos, era considerado extremadamente indigno de una jovencita “correr o apresurarse”. Cualquier intento de involucrar a niñas en actividades de muchachos muy seguramente serviría, en la mente de grandes sectores públicos, para despojarlas de su esperada modestia pudorosa, sacarlas y alejarlas de sus obligaciones domésticas, enseñarles modales toscos o ningún comportamiento, convertirlas en marimachas. Visto desde la opinión de los muchachos de once, doce, trece años, las niñas practicando esculismo harán que los juegos de los muchachos se volvieran una “cosa afeminada”, iy eso no les gustaría a ellos!

B-P pensaba que las niñas tendrían que tener un plan hecho especialmente para ellas, con los mismos propósitos que el esculismo para muchachos —desarrollo del carácter y adiestramiento en ciudadanía— pero con actividades centradas en “obligaciones del hogar y de la madre”, en lugar de vigorosas aventuras al aire libre. También insistiría en que un movimiento para niñas debería sostenerse por sí solo, y no tratar de capitalizar el término “esculismo”.

WILLIAM HILLCOURT,
Baden-Powell. Las dos vidas de un héroe

*Ocurrió durante el Rally de Crystal Palace en Londres, celebrado en 1909.

Comunicado del 4 de abril de 1981*



Escudo que alude al ingreso oficial de las unidades femeninas a la Asociación de Scouts de México, a principios de los años ochenta.

A: jefes de grupo, comisionados de distrito, provincia y nacionales.

El Consejo Nacional recibió órdenes de la Asamblea Nacional del 22 de marzo de 1981 de establecer los lineamientos, condiciones y requisitos para que la Asociación autorice el funcionamiento de secciones femeninas.

Por lo tanto, el Consejo Nacional acordó el 3 de abril de 1981, para que tenga efectos durante 1981, y únicamente mientras se publica el reglamento sobre la materia, lo siguiente:

Quedan autorizados los grupos scouts a tener secciones femeninas como parte integrante de su organización, siempre que:

* Publicado en *Boletín Tlatoani*, diciembre 1981, recopilado a su vez en *Antología mínima del Boletín Tlatoani 1* (Biblioteca del Centenario, 17).

1. Dichos grupos hayan sido registrados por la Asociación en 1980 por lo menos con la siguiente membresía:

a) Dos secciones.

b) Mesa Directiva y de Comité de Grupo con: presidente, secretario y tesorero.

2. Registren en 1981 sus secciones femeninas en la Asociación con jefas y subjefas (femeninas). Pero en la manada femenina puede haber subjefes (varones), siempre que el número de dirigentes femeninas en esa manada sean mayoría.

3. La jefatura del grupo scout que tenga una o varias secciones femeninas, cuente y registre en 1981 una dama como jefa o subjefa de grupo.

4. Que haya un acuerdo mancomunado entre el jefe de grupo y el presidente del Comité de Grupo de la o las secciones femeninas de su grupo scout, según las disposiciones y ordenamientos de la Asociación.

El desarrollo de este acuerdo y los asuntos consecuentes quedan bajo el control y la responsabilidad del jefe scout nacional.

Siempre listo para servir,
LUIS MARCIAL HERNÁNDEZ ORTEGA,
jefe scout nacional

Tiempo atrás...

La guía de la patrulla Capella

Soy una de las fundadoras de la tropa femenina Casiopea, del grupo Uno, de León, Guanajuato. Las secciones femeninas de mi grupo se iniciaron el 22 de mayo de 1982, y con gran entusiasmo me presenté a las primeras actividades, integrándome a la patrulla Capella. Éramos alrededor de veinticuatro niñas, distribuidas en cuatro patrullas con nombre de estrellas: Acrux, Canopus, Capella y Rigel.

Poco a poco fui aprendiendo y entendiendo cómo vivir el escultismo, a ser mejor cada día y tener un gran espíritu scout, y así después de seis meses hice mi promesa scout. En julio de 1984 participé en el Campamento Nacional de Tropas, en Vergel de la Sierra, Guanajuato, cuyo lema era “Una flama que perdura”, donde asistí como guía de patrulla.

Siempre me distinguí por ser servicial, mostrar un gran espíritu scout y ayudar a mis compañeras en todo momento, lo que me llevó a ser guía de guías y, más adelante, participar en el Encuentro Nacional de Cortes de Honor, realizado en Morelia, Michoacán. Tiempo después, obtuve la insignia terminal Ave Phoenix, y junto con mi amiga y hermana scout Janet Sandoval, fuimos las primeras insignias terminales obtenidas en las secciones femeninas del grupo.

En noviembre de 1986 pasé a la avanzada de expedicionarias Florence Nightingale y, en julio de 1987, participé en el Campamento Nacional de Avanzadas, celebrado en Ensenada, Baja California —sin duda, uno de los mejores eventos scouts de mi vida—, donde conocí a muchos jóvenes de distintas partes del país, con quienes a la fecha mantengo una bonita amistad. Este campamento marcó mi vida, pues antes fui sola a Guadalajara a tramitar mi visa para ingresar a los

Estados Unidos, porque después del Nacional fuimos a San Diego, donde acampamos en el campo de los Boy Scouts of America y, después, a Disneylandia, en Los Ángeles, California. Aprendí a planear y organizar el viaje; trabajé para obtener recursos y, definitivamente, vencí mis miedos al darme cuenta que, cuando se quiere se puede, y solo debo creer y confiar en mí.

Erika Patricia Gutiérrez Michel



Mi patrulla Capella del grupo Uno de León, 1983
(cortesía de Erika Patricia Gutiérrez Michel).

Actividades por separado

Mi vida está ligada al movimiento scout desde 1985, un viaje iniciado en el grupo 9 de Saltillo, Coahuila. Mi tío, entonces jefe de grupo, convenció a mi papá, quien era muy estricto, de llevarnos a mi hermana y a mí a una reunión scout. Recuerdo ese sábado cómo, al finalizar, volví a casa llena de emoción y con ganas de regresar. Mi papá, quien se había quedado observando toda la actividad, accedió a llevarnos las siguientes semanas, ya que comprobó que hombres y mujeres hacían las actividades por separado.

Ingresé a la sección de gacelas y, poco después, me integré a la tropa de mujeres, la cual apenas estaba en formación. Éramos solo cinco integrantes, y al principio seguíamos el programa de los hombres, hasta que se desarrolló un esque-

ma específico para mujeres y nos cambiaron las insignias. Viví una transición en la estructura del Movimiento cuando la tropa se dividió para crear la sección de expedicionarias, con jóvenes de quince a diecisiete años y camisolas color verde olivo.

En mi primera patrulla, Alkaid, aprendí a trabajar en equipo. A pesar de ser la más pequeña de edad, mis hermanas scouts siempre me apoyaron: cargaban conmigo en actividades pesadas, enseñándome que nunca debía quedarse nadie atrás. Con el tiempo, asumí el liderazgo como guía de la patrulla Casiopea, y aunque me asignaron a las integrantes más bajitas, lejos de desanimarme encontré sus fortalezas para que sobresalieran. Este rol me formó como una líder natural y positiva, sin necesidad de imponerme.

Ruth Fabiola Aguirre Ballesteros



La foto de mi credencial de gacela del grupo 9 de Saltillo, 1985
(cortesía de Ruth Fabiola Aguirre Ballesteros).

Akela a los diecisiete años de edad

Gracias a mis padres
por enseñarme el cariño al movimiento scout

Al iniciar el año de 1978, ingresé como subjefa de la manada de lobatos del grupo 8 de la provincia Nuevo León, para

apoyar a Blanca, su Akela; desde mi primera sesión quedé asombrada ante la disciplina de los niños, quienes obedecían al grito de “¡Manada, manada, manada!” Aquella tarde regresé contenta a mi casa y con ganas de convivir más con los scouts.

Recibí el siguiente año con una nueva responsabilidad: el cargo de Akela, ¡y apenas contaba con diecisiete años de edad! Ingresaron nuevos lobeznos y con ellos una lobatera, Lourdes, quien pasó a ser Bagheera, quien con el resto del grupo acompañó a nuestra ahora ex Akela Blanca a su matrimonio.

En 1980 se organizó una plática para padres de familia del distrito 1, que abarcaba los grupos 1, 5, 8 y 9, con el fin de darles a conocer un poco más del movimiento scout. Nuestro cubil se encontraba sobre avenida del Bosque, actualmente avenida Cristina Larralde, casi llegando a avenida Universidad, en la colonia Cuauhtémoc, en San Nicolás de los Garza; el estar en un lugar con mayor flujo vehicular nos favoreció en cuanto visibilidad, porque la mandada creció con lobeznos, y Ana, Bertha, Laura y Eduardo (☺), como viejos lobos. Al siguiente año, la provincia Nuevo León festejó en octubre el Día de la Manada, con un “concurso de canción para manada”, donde la nuestra se lució ganando el tercer lugar. Y, como decimos los viejos lobos: “Manada que canta, manada que avanza”.

Todos los veranos los lobatos esperaban con ansias el campamento para manadas de provincia, y en 1982 no fue la excepción, con la asistencia de cerca de veinticuatro lobatos del grupo 8. Recuerdo también que contamos con la presencia de viejos lobos de la ciudad de México, quienes les enseñaron a todos los participantes a elaborar “atrapasueños”. Pasó el tiempo y nos trasladamos a un nuevo cubil en la colonia Las Puentes, en el mismo municipio de San Nicolás, y en el año de 1985 me despedí de la manada de lobatos, dejando a Eduardo como Akela, a quien los niños recibieron con mucho cariño.

Empezaba el movimiento scout con una nueva sección en la provincia Nuevo León: la manada de gacelas y, en enero de 1986, por invitación del Comité del grupo 8, quedé al frente como Van-tha de nuestra flamante manada, y aunque solo estuve hasta julio del siguiente año, conservo hermosos recuerdos con las gacelas.

María de Lourdes Rosales Hernández



Boda de Blanca, nuestra ex Akela, con el grupo 8 de Nuevo León (cortesía de María de Lourdes Rosales Hernández).

De hadita a gacela hasta llegar a Van-tha

A finales de 1981, mis hermanas mayores, Esther, Dolores y yo, pertenecíamos a Guías de México, a la Tercera Compañía de Aldebarán, que se reunía en un parque frente al DIF de Santa Mónica; yo era hadita, mientras mis hermanos estaban en la tropa del grupo 11, en Santa Mónica, provincia Tlalnepantla —el cual se reúne a la fecha frente a la iglesia de San Judas Tadeo—, a donde emigramos inmediatamente al enterarnos que habría mujeres en los scouts, yo a gacelas y mis hermanas a la tropa femenina, donde fueron sus primeras guías de patrulla, Esther de la patrulla Ardillas y Dolores de la patrulla Gaviotas. Representábamos, orgullosamente, la segunda generación familiar scout, porque mi papá, Eduardo Farfán Lozano, ingresó al Movimiento desde 1943, como lo-

bato del grupo VI de la ciudad de México, mientras que mi mamá, Esther Pons García, lo haría en 1959 al grupo XXIII de la capital, y fue una de las asistentes al curso para directores de Adiestramiento que John Thurman, el director de parque Gilwell de Inglaterra, vino a impartir a Meztitla, en 1962.

Mi primer campamento, lo recuerdo bien, fue a un lugar conocido como México Chiquito, en Chapa de Mota. Toda mi vida scout la realicé en ese grupo, donde fui la primera gacela que llegó al clan femenino y terminó como Van-tha del grupo. La compañía guía a la que pertenecemos desapareció al poco tiempo que comenzaron las secciones femeninas en los scouts.

Esperanza Farfán Pons



Cuando estuve en el clan del grupo 11 de Santa Mónica, con Xóchitl Díaz (izq.), y todavía podía subirse al Popocatepetl, en enero de 1992, (cortesía de Esperanza Farfán Pons).

Guías de México, ¡siempre listas!

Nací en la ciudad de México en 1962, y mi aventura con las Guías de México inició cuando tenía seis años de edad y terminó cumplidos los dieciséis. Por mi edad, mis hermanas mayores, que estaban en las guías, me invitaron a unirme a las haditas; después de acudir una vez para saber si me gustaba, me integré a la Décima Compañía del distrito Cen-

tro. Mi uniforme era un *jumper* color café chocolate y blusa café claro; mi moño color verde pasto. Mi primera misión fue aprenderme la promesa guía, y me enseñaron a hacer nudos; jugábamos mucho y cantábamos. Me tocó vender galletas guía: eran dos cajas por persona, pero yo me quedaba con una porque me gustaban mucho.

Promesa guía

Yo prometo por mi Honor
hacer cuanto de mí dependa
para cumplir con mi deber
hacia Dios y México mi patria;
ser útil al prójimo
en todas las circunstancias
y obedecer la ley guía.

Mi promesa de hadita me la gané en mi primer campamento a las faldas del Popocatepetl; recuerdo que me salió sangre de la nariz por la altura, según me dijeron las guías mayores. La Promesa era una hada saltando, y la ponían en el moño. Me la gané al ayudar a armar una casa de campaña, y elaborar un mueble con tres varas para poner una palangana para lavarnos las manos. Tenía entonces siete años de edad.

Recuerdo muchos juegos que después les ponía a mis hijos: con los ojos cerrados por una mascada —las haditas no teníamos mascada propia sino un moño— te daban una cuerda que tenías que seguir sin soltarte; por el camino escuchabas “lobos” y sentías “serpientes”. Tenías que subir piedras gigantes y sortear obstáculos que el lugar tenía; quien llegara a la meta sin soltar la soga, ganaba. El chiste era no soltarte porque te podías perder; esta dinámica la hacíamos durante la noche y el día, pues los sonidos de la naturaleza cambian de acuerdo a la hora —con las manos, quienes lo organizaban simulaban las fauces de un perro o arañazos de gatos—, era súper divertido y requería mucha concentración porque duraba mucho tiempo.

Tengo en la memoria muchos juegos y canciones de aquella época: *Guruta, guruta, qué bueno que está, guruta, guruta, qué bueno que está, hay shibidi, shibidi, shibidi, isha!*, era una canción que nos enseñó una compañía de guías de África que hablaban español, y nosotras la cantábamos cuando estábamos muy contentas o terminábamos de comer en los campamentos. Aprendí a hacer pan francés y a cocinar *hot cakes*; a hacer muchos estilos de nudos y a ser solidaria con todos; en ocasiones juntábamos ropa para donarla a la gente de escasos recursos. Hasta la fecha lo hago.

Hilda Serrano Velázquez

Un grupo con “niñas inquietas”

Enamorarme de los scouts fue flechazo a primera vista: acababa de cumplir seis años y una sabatina tarde de febrero, en 1975, iba con mi madre en su coche de regreso a casa, cuando vimos unas niñas uniformadas de azul y blanco con un pañuelo al cuello; casi me subo a la nuca de la conductora para que se detuviera frente a uno de los lotes baldíos que todavía existían en la colonia Militar Marte, en el Distrito Federal, donde unos niños corrían mientras las niñas permanecían atrás sentadas, haciendo manualidades. Yo, muy decidida, le dije a la persona que nos atendió que quería jugar y no estar sentada, a lo que me respondió que el único grupo que tenía “niñas inquietas”, era el 95 de Iztacalco, el cual se reunía a unas cinco calles de ahí, en medio de los laberínticos edificios de la unidad habitacional Infonavit Iztacalco.

Nunca le supliqué tanto a mi madre en su vida como ese día para ir a buscarlos; a regañadientes, me dio cinco minutos para encontrarlos o nos iríamos a casa. Por gloria bendita escuché el sonido de un silbato y salí corriendo a buscar su origen; efectivamente, había niños y niñas jugando entre ellos. Mi madre entonces me dijo que volvería a las seis de la tarde, dejándome con esos “desconocidos”.

Mi primer día en una manada de lobatos fue sellado por un juego de lagartos donde terminé con mi labio partido al no saber jugarlo, y menos contra un lobato ya añejo en esos menesteres, aunque jamás pudo volver a hacerlo.

Al final de aquel día nos entregaron una circular donde nos avisaban que, dos semanas después, el grupo saldría de campamento; al sábado siguiente no asistí a la reunión, pero moría por asistir al campamento, y llegado el día mi madre me llevó en su coche y no con el resto del grupo en autobús. Le entregué el mapa y le compartí las indicaciones que me dieron para llegar a un pueblecito ubicado a una hora al sur del Distrito Federal, llamado Tepoztlán, a cuyas afueras había entonces unas tierras remotas e inexploradas en medio de la nada, llamadas Meztitla.

Moría de ganas por llegar, pero salimos de casa el sábado muy tarde. Nunca supe si mi madre no sabía leer mapas, porque acabamos en medio de una milpa; ella, molesta, se bajó del coche para preguntar cómo llegar a nuestro destino, dejándome “al cuidado” del vehículo, mientras yo me hacía terminando en las fauces de un lobo o un león, a saber lo que merodeaba por ahí. Empezaba a anochecer y hacer frío dentro del coche, y no se veían más que las luces del pueblo, cuando vi unos destellos acercándose a donde me encontraba. ¡Mi madre había encontrado a la manada del grupo 205 de Iztacalco, que también estaba de campamento! Venía con los scouters y algún clanero de servicio —ahora supongo que eso sería—, y me llevaron hasta unas construcciones de piedra dentro del campo escuela scout, donde nos dieron de cenar chocolate caliente a mi madre y a mí.

Se me acercó un lobato de ojos muy grandes y unas barras amarillas cosidas en su suéter, diciéndome que no tuviera miedo porque él me protegería, lo cual dudé para mis adentros; al poco rato, llegó otro lobato güerito de ojos azules a preguntarle a mi madre si me podía invitar un refresco,

mirando muy feo al otro niño. Mi madre casi se cae de la piedra donde estaba recargada del ataque de risa que le dio.

Ariela Rangel Cuenca

Dos niñas curiosas en un parque de Morelia

Corría la primavera del año 1979, y en el centro de la ciudad de Morelia, frente al templo de las Capuchinas, se encontraba un pequeño parquecito con resbaladillas columpios y árboles gigantescos; como cada tarde de fin de semana, mi prima pasaba a mi casa ubicada a dos cuadras para ir a jugar. Pero esa tarde fue diferente, ya que mientras corríamos y reíamos, nos detuvimos para ver con detalle a un grupo pequeño de niñas que, entre charlas y cantos, se veían muy felices. Nos acercamos un poco para escuchar de lo que hablaban.

La chica que estaba al frente, dirigió su mirada hacia nosotras, preguntándonos:

—¿Cuántos años tienen?

Mi prima contesto apresurada que ella tenía once y yo doce. La chica sonrió ante nuestra respuesta, y volvió a preguntarnos:

—¿Quieren incorporarse? Queda poco para terminar la actividad; al finalizar les explicare lo que hacemos —nos dijo.

Entonces cantamos, jugamos, y vimos cómo las demás hicieron una pequeña oración antes de despedirse; entonces la chica se acercó a hablar con nosotras.

—Mi nombre es Alicia, y soy la encargada de este grupo de niñas. Somos las Guías de México y hacemos varias cosas: jugar, aprender a hacer nudos, hacer cuentos, pintar, salir de paseo y muchas cosas más, así que si les llama la atención aquí las espero el próximo sábado.

Nos fuimos muy contentas platicando entre nosotras.

—¿Te gustaría ir? —me pregunto mi prima—, le platicaré a mis padres, y les diré que será como ir a jugar todos los sábados, solo que esta vez lo haremos con ellas.

Y así quedamos. No fue difícil conseguir el permiso, ya que mi hermano mayor participaba en el grupo scout que se reunía en el templo que había al lado del parque; desde entonces, cada sábado, puntualmente nos involucramos en el grupo e hicimos muchas amigas que vivían cerca de ahí.

Una tarde, nuestra encargada reunió al grupo y nos comentó que dejaríamos de ser Guías de México para incorporarnos a la Asociación de Scouts de México. Formaríamos parte del grupo que se reunía en el atrio del templo, y a cuyos chicos veíamos jugar afuera. Seguiríamos siendo el mismo grupo de chicas, solo que ahora tendríamos que cambiar nuestro uniforme para hacer lo mismo.

Desconocedoras de lo que se venía, todas aceptamos y, a finales de aquel año, empezamos a cambiar nuestro uniforme. Nos comentaron que para el sábado 21 de enero de 1980 todas tendríamos que portar los nuevos uniformes completos, ya que en esa fecha el grupo 6 de Morelia, al que ahora pertenecíamos, festejaría con una misa de acción de gracias por su noveno aniversario.

Y así fue cómo, para esa fecha, todas portábamos camisolitas color gris, falda y calcetas color azul marino, y zapatos negros. Me sentía muy feliz de formar parte de ese grupo, pues ahí también estaba mi hermano.

Lina María Gamiño

¿Dónde estaba lo divertido?

Han pasado aproximadamente cuarenta y siete años desde que entré al Movimiento; creo que corría el año de 1977. Yo tenía seis años y cada sábado veía cómo llevaban a mis hermanos mayores a un lugar en donde se quedaban muy contentos: mi hermana Laura, de catorce años; mi hermano Roberto, de trece, y Eduardo, de ocho, a quienes llevaban a un parque muy grande —o al menos así lo veía yo—, donde se quedaban a jugar con otros niños. Yo los observaba y quería quedarme a jugar con ellos, pero mis papás me decían que no podía porque era muy chica. Rogué y supliqué hasta

que mi mamá se cansó y, por fin, un sábado nos quedamos a ver a los niños jugar. Mi mamá platicó con alguien para que dejaran integrarme; me pareció muy joven pero ya le decían “jefe” y aceptó. Me tomó de la mano y yo pensé que me llevaría con ese grupo de niños que estaban jugando a golpearse, lo que me parecía muy divertido, pero, para mi sorpresa, me llevó con otro grupo que ni siquiera había notado que también estaba ahí: era un grupo de niñas más o menos de mi edad, sentadas en el mismo parque un poco alejadas de los niños. El “jefe” me presentó con una mujer que me pareció mayor que él, y aun así ella le decía “jefe”, ¿no debía ser al revés? Me llevaron con las niñas, que estaban cosiendo y, aunque me sentí un poco decepcionada, estaba contenta de estar allí rodeada de otras niñas. Me quedé con ellas un poco extrañada, pero conforme. ¡Por fin había conseguido quedarme con los niños a jugar (bueno, niñas)!

Esperaba que, en cualquier momento, la actividad cambiara y nos pusieran a jugar. Y sí cambió: nos enseñaron a cruzar la calle sin correr, siempre agarradas de la mano del adulto, mirando a ambos lados, y así varias veces. ¿Dónde estaba lo divertido?

Así transcurrió el resto de la tarde. Ya no recuerdo qué otras actividades tuvimos, pero en ningún momento jugamos como los niños; cuando por fin mi mamá me recogió, me preguntó si me había divertido, y le tuve que decir que sí porque quería regresar el próximo sábado, a ver si ahora nos divertíamos jugando.

Con el tiempo aprendí que aquellos niños se llamaban “scouts”, *boy scouts*, en aquel entonces. Los más chicos estaban en la manada de lobatos, y los más grandes eran de tropa; a cada sábado de juegos le llamaban “junta”, y a los juegos “actividades”. ¡Ah!, y yo no era “scout” como ellos, a pesar de estar en el mismo parque, al que se le llamaban “local de grupo”.

Nosotras, las niñas chicas y las niñas más grandes, como mi hermana, pertenecíamos a una “asociación herma-

na” llamada Guías de México, y las niñas chicas éramos “haditas”, por lo que no podíamos jugar rudo como los lobatos. Nuestro objetivo era aprender otras actividades diferentes; aún a mi corta edad y pese a la época, nunca entendí por qué había esa diferencia.

De cualquier manera, yo seguí asistiendo a las juntas cada sábado, aunque no me parecía muy divertido. Pero ya había logrado salir de casa y estar en aquel parque en el que, en ocasiones, corríamos, pero no demasiado, y no nos ensuciábamos o salíamos de campamento, como los niños. Yo quería más.

Conservo un vago recuerdo de pedirle a mi dirigente —no recuerdo su nombre, lamentablemente— que fuéramos a jugar con los niños, tuviéramos otro tipo de actividades o que jugáramos más, y hasta que nos fuéramos de campamento con los lobatos. La respuesta siempre fue la misma: no podíamos porque éramos niñas, éramos “haditas”, y nuestras actividades eran diferentes. Era muy triste.

Andrea Molina López

Coreografías de Flans los sábados

Las Flans las escuchaban todas las niñas y adolescentes en grabadoras de cassettes, en 1986. Yo tenía siete años y pasaba los fines de semana en casa de doña Mago, mi abuelita materna; ahí me juntaba con mis primas y mi tía Ale, hermana de mi mamá, quien los sábados nos ponía coreografías para jugar a que éramos las Flans, hasta que un día llegó Ivonne, una vecinita, con un uniforme que me dio curiosidad. Le pregunté si iba a la escuela los sábados y me contestó que no, que iba a los scouts. “¿A los qué?”, le pregunté, extrañadísima. Trató de explicarme y terminó diciéndome que le pidiera a mi papá que me llevara el siguiente sábado al parque del Huizachal, en Naucalpan, a las diez de la mañana. No lo recuerdo, pero seguro que no me costó trabajo convencerlo y al siguiente sábado estábamos en local del grupo 77 Hal-

cón Peregrino, fundado por Bernardo, el jefe de grupo, y su novia Lupita, quien era Bagheera. El grupo tenía todas las secciones: manadas de lobatos y gacelas, tropas de scouts y muchachas scouts, y clan. Hacíamos actividades de diez de la mañana al mediodía, porque la mayoría de los niños eran hijos de militares, y sus papás salían francos a partir de entonces y así podían pasar la tarde con ellos.

A partir de ese día comenzó la aventura más maravillosa de mi vida, pues hasta la fecha sigo en el Movimiento. Pasé por todas las secciones: en gacelas fui seisenera de la Amarilla y mi nombre de bosque era Sinya, el tucán; fui muchacha scout en la patrulla Alioth, y precursora pocos meses después de haber llegado al clan. Tomé el curso de Insignia de Madera, la cual obtuve en 1997 como jefa de tropa de muchachas, y mi director de curso fue el jefe Fernando Soto-Hay y García (☺).

Los scouts me han dado mucho: gracias a ellos, fortalecí la relación con mis papás y hermanos; hice los mejores amigos que, al final, se convirtieron en hermanos con otra mamá, y conozco muchos lugares de México. Y pues ésta soy yo: hija, mamá, hermana, cuñada, amiga, pareja, profesionista, compañera, mujer scout, una de las que hacemos la diferencia.

Alma Lilia Ranfla Delgado



El Bosque, Cocoyoc, diciembre de 1987: el día de mi Promesa (cortesía de Alma Lilia Ranfla Delgado).

“Lobitas” sin registro

Ingresé al grupo scout 132, a cargo de los misioneros claretianos, en su seminario ubicado en el pueblo de Santa Úrsula Xitla, Tlalpan, el 22 de julio de 1977, gracias a la invitación de unas amigas de mi mamá que tenían ahí a sus hijos. Ingresé con mis hermanos Dulce, de once años; Alejandro, de nueve; Cecilia, de ocho años, y yo cuando tenía seis años. Nos llevaba a las juntas José Ignacio Sánchez Pérez caminando por una vereda del campo, y luego por un camino de tierra hasta llegar a una bonita zona de pasto en el lugar conocido como La Mesa, donde ahora está la Unidad FOVISSSTE Fuentes Brotantes. Iniciamos en la manada de lobatos, donde nosotras éramos “lobitas” sin registro; a los niños sí los registraron en la asociación scout y les daban insignias. Mi manada tenía seis seisenas de niños y una de niñas, la seisena Verde. Mi primer Akela fue Marcelo Valencia Barragán, seminarista; luego, Roberto Varela Sánchez, con quien todavía mantengo contacto.

A los dos años, los padres claretianos fusionaron los dos grupos que tenían; en el nuestro había más niños y muchachos, y el que se reunía dentro de su seminario tenía más niñas y jovencitas. En mi nueva manada tuve una Akela mujer llamada Silvia Yépez, al frente de toda una manada de “lobitas”. Mi promesa scout fue en 1979, en medio del río del balneario El Bosque, en Cocoyoc. Llegué a ser seisenera de la Amarilla.

Recuerdo haber ingresado en una excursión al bosque de Tlalpan, donde conocí el monumento scout que todavía se encuentra ahí. Mi grupo organizaba *rallies* en su aniversario y en los festivales del día de las madres y el padre; también bailábamos, hacíamos tablas gimnásticas o declamábamos; en diciembre se hacía la pastorela y la posada. Mis subjefes fueron Bagheera (Lupe Rodríguez), Baloo (Diego), Hathi (Alicia Rodríguez) y Kaa (Cristina de la Peña). Mi grupo scout llegó a ser el más grande de Tlalpan, y una vez nos visitó el jefe scout nacional, José Luis Vargas Varela, aunque no salgo en la

fotografía de mi amigo Ignacio Sánchez, que nos tomaron al momento de saludarnos.

Adriana Martínez Lucio



José Luis Vargas Varela, jefe scout nacional, con mi tropa del grupo 132 de Tlalpan (cortesía de Adriana Martínez Lucio).

Una importante premisa para vivir

Entré en la seisena café de la manada del grupo 11 en Morelia, distrito Michoacán, en el mes de julio de 1987, cuando tenía ocho años puesto que nací el 4 de marzo de 1979. Nuestro principal líder fue el simpático, sonriente, amable y buen Otami, el murciélago, a quien le gustaba hacernos cantar y llevarnos de campamento. Tuvo bastantes compañeras, Van-tha, Shirma y no recuerdo más, pero duraron poco en general. El papá de Otami era Mario Florián Sánchez, nuestro jefe de grupo, un hombre simpático y bonachón que llevaba su cargo con integridad, compromiso y verdadero espíritu de jefe sabio. Baste un ejemplo: una vez le preguntaron por qué no se compraba otra camisola, porque la que usaba ya estaba vieja y remendada; el respondió que no es que no tuviera dinero para comprar otra camisola, sino que para él lo importante no era mostrar una camisola nueva, porque con la viejita era suficiente para hacer bien las cosas. Su hijo Mario Florián siempre se mostró respetuoso, simpático y natural; era una buena referencia y alguien en quien se podía confiar.

Tener figuras confiables fue una premisa importantísima para mí, por lo que después compartiré.

Para hablar de mi infancia tengo que decir que soy una sobreviviente de abuso sexual desde muy corta edad; sin dar más detalles, la primera vez fue a los dos años de edad, y aunque no sufrí propiamente penetraciones me significaron heridas de confianza que me imposibilitaron para hablar de ello con mi familia extensa, y lo peor fue que ningún familiar le dio importancia a la fuerte hemorragia vaginal que me provocó; después, siguió a los cuatro, cinco y siete años de edad... entre más crecía, más violencia sufría.

Para los ocho años, las huellas eran palpables y yo era una niña retraída. Entrar en la manada de gacelas significó mucho para mí y para toda mi familia nuclear, porque mis padres pudieron tener más autonomía y decisión sobre nosotros, y no sé si para mis hermanos, pero para mí se convirtió en un refugio donde pude ser otra; inclusive me pusieron Traca, la guacamaya, de acuerdo al libro de *Relatos de Foresta Andii*.^{*} Desde niña me preguntaba si me lo pusieron porque querían que fuera alegre o porque lo era en realidad: a veces era extrovertida y otras veces no expresaba palabras, al grado que, actualmente, tengo un diagnóstico autista. La filosofía de la manada y el ejemplo de Baden-Powell, quien escribió un libro a los ocho años de edad, según leí, me sirvió de ejemplo de vida y de estructura de pensamiento sobre el sentido de comunidad e identidad, que me ha hecho entender cosmovisiones ancestrales, mi principal *hobbie* en la actualidad.

Cuando me cambié de casa a los once años, me salí del grupo porque me quedaba lejos, pero regresé al año siguiente porque mis compañeras me dijeron que había muchachos guapos en la tropa. Con el grupo 11 atravesé muchos cambios en la estructura provincial y la manera como los jóvenes dejábamos de reverenciar viejas estructuras de respeto al

^{*} Publicado en noviembre de 1982 por la Comisión Nacional de Programa de la Asociación de Scouts de México, con el título original de *Los secretos de Foresta Andii*. (N. del E.)

portar el uniforme, que antes era sagrado, y hasta un poco de relajamiento ante las respectivas estructuras de autoridad.

Salí de los scouts a los dieciocho años completamente transformada, físicamente, mental y espiritualmente, luego de cambiarme del grupo, porque no me sentía tan desastrosa como las del 11, ni tan seria como las del 1, a donde me pasé. Terminé por hallarme en las estructuras de las cosmovisiones que empecé a conocer y respetar, imaginándome a Baden-Powell en medio de los pueblos originarios africanos, admirándolos.

Durante mis estudios universitarios en adelante, me mostraba físicamente fuerte, atrevida, segura y valiente, por lo menos en el aspecto físico, porque en el emocional ha resultado un océano de atravesares de muchas maneras, donde el escultismo que yo viví fue un tesoro y refugio para la mente y cuerpo.

Crisálida Suárez Maldonado



Mi manada del grupo 11 de Morelia
(cortesía de Crisálida Suárez Maldonado).

Una cosa bárbara, toda una revolución

En 1971, mi querida madre, Lolita Chacón, que en paz descanse, ingresó al movimiento scout como *Mamá Chacón*, al ser una de las organizadoras para llevar a los chicos de tropa al Jamboree Mundial Scout de Japón. Somos una familia

de siete hermanos —cuatro hombres y tres mujeres—, y el mayor fue quien participó en aquel campamento mundial. Desde que tengo uso de razón viví actividades scouts como hermana o hija, pero nunca nos dejaron involucrarnos, y en aquel tiempo nos llevaron a las Guías de México que, con mucho respeto, las actividades eran completamente diferentes; entonces, pues sí acudíamos, pero no fue algo que me marcara como lo fue ser parte del movimiento scout.

En 1981 se crearon las secciones femeninas, lo cual fue una cosa bárbara, toda una revolución. Para empezar, enfrentamos la negativa de los niños de no querer a las niñas en el escultismo, pero pues no les quedó otra que aceptarnos, y así fue como inicié, a los quince años, mi vida scout. Participé en el primer y único clan femenino “Juana de Arco”, del grupo 4 “Ramón Guerra”, de Toluca, que, de la mano con el clan masculino, tuvimos actividades propias de clan. Dentro de las actividades más fuertes que vivimos, estuvo cuando nos llevaron a un lugar llamado Tres Bocas, donde, simultáneamente, practicamos espeleología, rapel y escalada, y como no querían que estuviéramos ahí y que nos decepcionáramos rápido, pues nos trataron como iguales, sin consideración de nuestro género. Pero, sin importar los retos que nos ponían, siempre salimos adelante. Fue un clan de mujeres que, sin saberlo entonces, recibimos la mejor formación para cuando fuimos madres de familia, porque lo aprendido y vivido bajo los principios scouts se quedan grabados en el corazón, volviéndose un estilo de vida.

Emma Aida Camacho Chacón

Mugrosa, raspada y feliz

Sábado 12 de octubre 1985, 16:00, escuela secundaria 101, Ludwig van Beethoven, local del grupo 34 de la provincia Coyoacán, hoy desaparecido. Una semana antes, Mónica Cardoso, compañera de mi salón de clases, me pidió a mí y a otras compañeras ir el sábado por la tarde a la secundaria

para apoyarla, pues sino “su patrulla sería deshecha”. No tenía la menor idea de qué hablaba, pero ante su insistencia accedí. Total, que me volé un ensayo del coro de la iglesia al cual asistía.

Lo primero que me llamó la atención fueron los uniformes de las personas que estaban reuniéndose en el patio principal de la escuela. Mónica nos fue presentando a sus compañeras. Yo comencé a preguntar qué significaban todos los parches en sus blusas y para qué cargaban un palo con una punta de hierro. Todas fueron muy amables y me sentí muy bien con su recibimiento. En punto de las cuatro de la tarde escuchamos un silbatazo y corrimos a formarnos; el jefe de grupo, Agustín Cabañas León, dio inicio a las actividades del sábado. Está por demás decir que ya no regresé al coro de la iglesia.

A las dos semanas de haber entrado a la tropa, nos fuimos de campamento a Meztitla; con una cobija, mi cantimplora de plástico, mochila y uniforme prestados, me fui muy contenta a mi primer campamento scout, no sin antes pasar la primera novatada al no saber acomodar mi mochila y retacarla de cosas inútiles. Afortunadamente, Omar Valdivia, guía de la patrulla Venados (☺), quien iba de servicio con nosotros, me ayudó a arreglar un poco el desorden que cargaba.

Vimos enigmáticas bolas de fuego en los cerros del Tepozteco, mientras nos compartíamos las galletas de animalitos con chocolate aguado e historias de terror. Nos tocó acampar en una tienda sin piso y acordonar los lados con mecahilo para evitar que el viento se colara; espantar todo tipo de insectos, bañarnos con agua helada jalando un lazo para que esta saliera de la regadera, y al otro día subir y bajar miles de veces la ladera del campo escuela. Regresé a mi casa bien mugrosa, raspada y feliz.

Mi mamá me compró mi primer uniforme de segunda mano —aún conservo mi camisola gris con todas mis insignias, incluidas mi Punta de Flecha y Ave Fénix. Mi primera patrulla fue Alfa Centauri; después, Aquila, y poco tiempo

después Antares, de la que fui subguía y luego guía de patrulla. En 1986 asistimos al Tercer Campamento Nacional de Muchachas Scouts en Atzimba, Michoacán. Trabajamos mucho para asistir, vendiendo palomitas, rosas, huevos, etcétera; mi hermana Elia me ayudó, aunque al final no pudo asistir. Por fin llegó el día y nos fuimos en tren desde la estación de Buenavista, en la ciudad de México. Los scouts de Morelia nos alojaron unos días en sus casas, y luego nos trasladaron al balneario de Atzimba, donde no dejó de llover toda la semana. Los suministros de comida llegaban tarde, por lo que algunas caímos en los servicios médicos por la dieta prolongada, pero el ánimo nunca decayó. Fue uno de los momentos en que una aprende hasta dónde puedes llegar con tu voluntad y espíritu scout.

Alicia Olivares Elizalde



Yo, a la izquierda, con las demás integrantes de la patrulla Antares, durante un campamento de aniversario del grupo 34 de Coyoacán (cortesía de Alicia Olivares Elizalde).

Vacante en la manada de lobatos

Formo parte del escultismo desde 1975; entonces vivía en Naucalpan, Estado de México, y Dios me concedió la gracia de encontrarme con el grupo scout 97, de la entonces provincia 17, donde primero entró mi hermano, como lobato, aunque su estancia en la manada fue corta ya que pronto cumplió doce años y fue tiempo de pasarlo a la tropa.

Su pase a la tropa fue increíble, ya que en el grupo se llevaba a cabo una ceremonia muy *sui generis*, que constaba de un campamento de tropa y manada; al llegar la noche, la tropa acampaba a unos cien metros de la manada, y el lobato que pasaba a tropa tenía que encontrar “la aldea de los hombres”, como lo hizo Mowgli en su momento. Yo tuve oportunidad de asistir a ese campamento, y desde entonces el escultismo me robó el corazón. Afortunadamente, había una vacante para un scouter en la manada de lobatos, y así pude ingresar como Raksha. Todavía recuerdo esa etapa de mi vida con mucho cariño, porque fue la mejor experiencia que he tenido, dejándome marcada con los valores scouts. Asistí a varios campamentos donde tuve maravillosas experiencias, pero una de los mejores fue un campamento regional donde conviví con scouters y lobatos de toda la República mexicana.

Alicia Serrano Zamora

Espantadas, desanimadas y desoladas

Yo me integré al grupo XI, en San Luis Potosí capital, al ser de los primeros grupos con participantes femeninas. Me inicié como scout en 1979 dentro de la patrulla de Cobras que, años después, se convertiría en Adhara. Participé en mi primer Campamento Nacional en Meztitla, y fue una experiencia inolvidable. Fuimos dos patrullas y nos llovió muy fuerte: el viento y la lluvia nos tiró nuestra casa de campaña, mojándose todas nuestras pertenencias, perdiéndose parte de nuestra comida al igual que nuestro dirigente. Estábamos entre espantadas, desanimadas y desoladas, pero, entre todas nos “echamos porras” para alentarnos y seguir adelante, temblando y con hambre, pero felices. Fue algo que marcó mi vida para siempre, ya que esa experiencia nos hizo saber que, a pesar de la adversidad, éramos fuertes y unidas.

Participé también en el campamento Nacional de Tropas y Avanzadas, en Veracruz, de igual manera una experiencia única. Estuve en tropa, avanzada y clan; también participé

como dirigente de lobatos y subcomisionada de provincia en manadas. Ya tengo varios años inactiva, pero “una vez scout, siempre scout.

Leticia Guadalupe Arellano Méndez

Nunca me sentí excluida

Esta aventura empieza a mis trece años, cuando, estando en el coro de niños en la iglesia del Patrocinio de San José, a donde llegaron varios jóvenes a invitarnos a jugar y ponernos diversas actividades muy divertidas; no recuerdo a los cuántos sábados le dije a mi mamá que había entrado “a los scouts”, y necesitaba un uniforme, a lo que ella respondió que no podría comprármelo, pero me ayudaría haciendo unas tortas para que yo las vendiera en el paradero del metro Taxqueña, además de lavar coches a amigos y familiares. Así me hice de mi uniforme, aunque usábamos camisolos grises de hombre. Mi papá fue presidente de la Liga Montañista del ISSSTE, por lo que yo ya había acampado muchas veces con él, junto con mi numerosa familia y otros grupos de personas de la Liga, pero por supuesto que fue mejor hacerlo con mis amigos.

Yo entré en 1978 al grupo 328 de Coyoacán, aunque sabíamos que no éramos aceptadas en ese entonces, nunca me sentí excluida, porque ya existían muchos grupos scouts con tropas femeninas con las que teníamos convivencias. Fui guía de la patrulla Palomas, y nuestras dirigentes se llamaban Rosalba y Patricia Casillas, y estaban muy jóvenes, al igual que nuestros jefes de tropa masculina, Alejandro Vilar y Gustavo Sandoval Moreno, quienes nos enseñaron mucho. A todos ellos los recuerdo con mucho cariño. Nuestro primer campamento fue en las lagunas de Zempoala, donde nos ganamos nuestro primer premio: una enorme cuchara de madera pirograbada. En ese lugar, al seguir una pista ciega, pisé una planta venenosa que el resto del campamento me dejó con mucha comezón. Recuerdo también que hice mi promesa scout con mucha emoción por recibir mi insignia, al grado

que ni sentí que, para festejarlo, mis compañeros hicieron en mi cabeza un pastel con, harina huevo y Coca Cola... ¡creo que hasta un gansito le pusieron! Fue muy divertido.

María Inés Amaro Sánchez



Meztitla, 1980, en un campamento del grupo 328 de Coyoacán. Soy la de la playera mostaza y short azul marino (cortesía de María Inés Amaro Sánchez).

Desde un lugar seguro

Aún tengo en la memoria el rostro adusto de mi mejor amiga de segundo año de primaria, cuando, a la hora del recreo que jugábamos, le grité: “Corre, *Pazz*, ¡tú puedes!”. Ella se detuvo de inmediato y, abriendo unos ojos enormes, me hizo un gesto de “¡Shhh!”. Recuerdo que me sorprendí mucho y, confundida, le pregunté qué había hecho mal, ya que solo la animaba y le había llamado por su nombre; entonces ella se acercó a decirme al oído: “Acuérdate que ese es mi *nombre secreto*, y nada más lo usamos en las reuniones de manada”. Y es que ella me había invitado, en septiembre de 1983, al grupo 2 de Acapulco al que iba con sus hermanos.

Un sábado, finalmente, mi mamá me llevó al parque Merle Oberón, donde vimos un grupo de muchachos hacien-

do una pirámide humana para alcanzar algo colgado de la rama de un árbol; al otro lado del parque, un nutrido grupo de niños con gorritas verdes corría de un lado a otro, cuando algún adulto gritaba: “¡Manada, manada, manada!”, y al final llegamos a un área del jardín en donde se reunían las niñas. Una señora que se hacía llamar Van-tha se acercó a platicar con mi mamá, y luego me invitó a unirme a jugar con las niñas; Pazz, mi amiga, me llamó para acercarme, pero ese día preferí quedarme sentada en una banca para ver lo que hacían.

Al siguiente sábado, regresé al lugar donde se reunían, pero en lugar de unirme a la manada preferí subirme a un árbol de mango, y desde ese lugar “seguro”, volver a observar lo que hacían durante dos horas aquellas niñas reconocidas así mismas como “gacelas”, y que se llamaban entre ellas con nombres un tanto extraños. Y así pasaron casi tres meses: Van-tha y Basvi se acercaban a invitarme a jugar; incluso, las mismas niñas a veces me invitaban a unirme a ellas cuando a sus equipos les faltaba “una jugadora”, pero yo me mantenía fiel a mi rutina, la cual cumplía como ratoncillo entrenado: ellas se la pasaban jugando y yo, trepada en el árbol de mango, veía con curiosidad cómo se divertían corriendo o revolcándose en el pasto.

A inicios del siguiente año, cuando ya ninguna gacela o Van-tha ni Basvi intentaron convencerme de bajar del árbol, decidí integrarme a jugar con ellas. Para entonces ya entendía su dinámica: estaban organizadas en seisenas, que eran pequeños equipos que, a veces, competían entre sí, pero al final todas jugaban juntas; tenían un color que las representaba (“¡Seisena Beige, seisena Beige!, ¡Van-tha nos está llamando!”), y estaban encabezadas por “seiseneras” y “subseiseneras”, y se llamaban entre sí por extraños nombres de animalitos que, luego supe, provenían de un libro llamado *Relatos de Foresta Andii*, y que mis compañeras eran las fundadoras de la manada de gacelas del grupo. Y cuando Van-tha me recibió en la manada, durante mi bienvenida les pidió

a las gacelas unas hojas de té para *Caono*... ¡Qué especial puede sentirse una niña de ocho años con ese recibimiento! Apenas me estaban presentando y yo ya tenía un “nombre de pradera”; era como si yo hubiera formado parte de la manada desde tiempo atrás... quizá, desde aquellos sábados donde la curiosidad y timidez me mantuvieron como una simple *voyeur*, trepada en la seguridad que ofrece la rama de un árbol de mango.

Claudia Castrejón Campos



Cuando hice mi Promesa de tropa en La Providencia, Guerrero
(cortesía de Claudia Castrejón Campos).

Sazonador Coleman

En 1982 era la típica adolescente ochentera que andaba en patines, escuchaba a Queen y Mecano, y mayormente perdía el tiempo haciendo nada. Un sábado una amiga me invitó a ir a los scouts. Yo no quería, pues me daban mucha pena sus uniformes y que gritaran para todo; al final, muy a la fuerza, fui. Recuerdo que la señora Mary —una “vieji-ta” que entonces habrá tenido unos treintaicinco años—, me presentó con las demás muchachas, quienes de repente ya me estaban jalando para convencerme de irme con ellas. Así fue como entré a la gloriosa patrulla Pandas.

Al final me gustó porque había más chavas de mi edad, todas muy simpáticas, aunque me parecieron muy aguerridas, y eso me gustó.

Lo que acabó por convencerme fue que el siguiente sábado íbamos de campamento! Obviamente mi mamá me dijo que estaba loca, pero mi papá, que fue lobato de chico, la convenció. Total, que me compraron todo el *kit* de campamento en una tienda scout que había en Satélite, y al siguiente sábado estaba con mi hermana Ileana súper puntuales a las seis de la mañana en nuestro local. Creímos que nos habían dejado porque, para las seis y media, nadie más había llegado... después me di cuenta que la puntualidad no era el fuerte de mis compañeras. El campamento fue a Máquina Vieja, un bosque abierto por el rumbo de Cahuacán, en el Estado de México, donde hoy resulta impensable acampar por la inseguridad. No hicimos nada durante todo el campamento: las más grandes se la pasaron platicando con los claneros “de servicio”, mientras las nuevas buscábamos una víbora que nos estaba acechando. Comimos horrible, pues a alguien se le cayó la gasolina blanca de la lámpara Coleman en nuestros huevos revueltos con salchicha, y era comerse eso o morir de hambre.

Gabriela Martínez Peña

Veintiocho días de la “panza” del Iztaccíhuatl

Ingresé a la Asociación de Scouts de México a los catorce años, como lobatera del grupo 189 de la provincia Coacalco, al no existir en ese tiempo unidades femeninas; cuando cumplí los dieciséis, mi Consejo de Grupo decidió abrirlas y pasé a ser la primera jefa de tropa de muchachas scouts, además de comenzar mi adiestramiento y obtener la Insignia de Madera; a los diecisiete, ingresé al clan de precursoras con mucha emoción, porque siempre soñé con ser scout más que scouter.

Al recibir mi insignia Precursora dejé la tropa para trabajar en mis especialidades de clan. La de Técnica la realicé

en escalada en roca y alta montaña, preparándome con el equipo de montañismo de la UNAM, y después en Socorro Alpino, donde conocí a Enrique Chávez Poupard, un mexicano de mamá francesa, conocido como *Gerber*, experto en escalada, alta montaña y espeleología; él planeaba romper el récord de permanencia en alta montaña en México en el Iztaccíhuatl, que entonces eran veinticinco días para hombres y catorce para mujeres. Me pareció un reto muy interesante y le propuse hacerlo juntos, para realizar mis especialidades de Proyectos y Expediciones.

Durante el primer semestre de 1985 nos preparamos física, mental y económicamente; cada miércoles asistía a clases teóricas en las instalaciones del Socorro Alpino, las cuales se cayeron en el temblor de aquel año, y los fines de semana salíamos a practicar roca, volcán, cueva o río subterráneo. Nuestro instructor, Pancho (Francisco Ramírez Frías) era un viejo lobo de las montañas, quien nos llevó, paso a paso, a entenderlas con su paz y sabiduría. Todo el proceso resultó bastante emocionante al aprender a escalar en roca con diferentes técnicas, hasta llegar a puntear la cargada mayor en Peñas Cargadas, Hidalgo. Y mientras, entre semana, trabajaba y ahorrraba para solventar los costos de la expedición.

Nuestra dieta fue diseñada por los médicos del Socorro Alpino; para la primera semana fueron alimentos ligeros y ricos en sal, dulce y calorías, como charales, boquerones, carne y fruta seca; debíamos compensar la falta de sales del agua que bebíamos al derretir la nieve durante nuestras salidas de entrenamiento, agregándole una pisca de sal. Y conforme pasaron las semanas empezamos a tolerar comidas más variadas y pesadas, ¡hasta un mole pudimos comer!

Sabíamos que estar tanto tiempo solos arriba podría llegar a ser tedioso, por lo que decidí llevar libros, historietas de Mafalda y un par de juegos de mesa; por su parte, *Gerber* cargó un radio de comunicación, cuya pila pesaba como un tabique, con el que todas las noches hablaba con *el Conejo Veloz* de la base “Comanche”, en el pueblo de San Rafael, y

a pesar que nunca lo conocimos en persona, se convirtió en un gran compañero en la solitaria y fría montaña. También nos comunicábamos con Jorge Manuel Hernández, de Radio ABC Internacional, quien le dio seguimiento a toda la expedición para informar a sus radioescuchas. Esto formó un lazo emocional muy hermoso con ellos, ya que la gente estaba pendiente de nosotros a través de las transmisiones, las cuales no podían ser a diario porque la comunicación resultaba complicada —todavía no disponíamos de celulares—, además que las condiciones climáticas a veces no ayudaban, al ser época de tormentas. Por todo eso, la transmisión durante esas noches resultaron inyecciones de energía para continuar con entusiasmo. La gente nos mandaba sus mensajes de apoyo, y hubo una ocasión que nos pusieron el himno nacional. ¡Fue indescriptible la emoción y orgullo que sentimos entonces de ser mexicanos!

Subimos al Iztaccíhuatl bastante cargados. Durante la primera semana nos acompañaron otros dos miembros del Socorro Alpino, Eduardo Tovar y René García, quienes, aparte, nos ayudaron a cargar algunas cosas muy complicadas para llevar solo entre dos personas. Mi mochila pesaba entre veinticinco y treinta kilos, y las de *Gerber* y Eduardo alrededor de cuarenta; esto hizo que nos llevara tres días llegar a la “panza” de la montaña, donde instalaríamos nuestro campamento base. Luego descubrimos que estábamos sobre una grieta cubierta con nieve, que fuimos derritiendo con nuestro calor corporal, lo que hizo movernos a otra parte más segura. Los médicos e instructores del Socorro Alpino monitorearon nuestro estado de salud que, en general, fue bueno todo el tiempo que estuvimos arriba del Iztaccíhuatl, a excepción de una ligera diarrea que sufrió *Gerber* durante un par de días. Yo no tuve ningún padecimiento, aunque cargamos con algunos medicamentos recomendados por el doctor y un equipo básico de primeros auxilios.

La montaña fue bastante generosa con nosotros los veintiocho días que permanecemos arriba de ella: durante

los diferentes recorridos llevados a cabo por los alrededores del campamento, disfrutamos de aristas nevadas y glaciares. También caminamos bajo tormentas eléctricas y de nieve, con cero visibilidad y vientos de cincuenta kilómetros por hora, o más, contemplamos embelesados los paisajes de Puebla y la ciudad de México, espectaculares puestas de sol, cielos totalmente estrellados y afrontamos temperaturas que descendieron hasta diez grados bajo cero. Cuando bajamos, la montaña se despidió de nosotros con un sonoro trueno que estremeció la tierra. La gran señora Iztaccíhuatl nos alojó en su vientre durante casi un mes, abrazándonos con amor. Nunca dejaré de agradecerle todas esas vivencias brindadas con generosidad, porque gran parte de los parajes aquí descritos ya no existen por el cambio climático, como el glaciar de Ayoloco.

Mirna Gabriela Mejía Gasca



En el Iztaccíhuatl con *Gerber*, Enrique Chávez Poupard
(cortesía de Mirna Gabriela Mejía Gasca).

Los grupos 88 de Naucalpan y 92 de la colonia Del Valle

A finales de 1978, el Consejo del grupo del 88 de Naucalpan, presidido por Alejandro Santillana, decidió extender sus secciones femeninas a tropa y clan, al ya contar con la manada de gacelas, y participar como grupo piloto para contribuir con las experiencias de las secciones en la elaboración de los planes para los Elementos del Programa Scout para las

Unidades Femeninas, aportando muchas de las experiencias y opiniones de sus muchachas a los planes de adelanto de las unidades femeninas que se integrarían a la Asociación (la tropa femenina asistiría al Campamento Nacional de Veracruz, en 1982, el primero donde participaron mujeres).

En el mismo año del 78, varios de sus dirigentes se registraron al primer curso de Insignia de Madera impartido con las modificaciones del programa y método scout recién aprobadas, donde yo era una de las adiestradoras; ahí fue dónde me invitaron a su grupo para conformar su tropa femenina como jefa, y, al mismo tiempo, integrarme al clan. La primera jefa de clan fue Norma Hernández, al frente de diez integrantes que, después, llegaríamos a ser alrededor de veinte; algunas habían sido o eran lobateras en otros grupos a los que seguían perteneciendo, pero querían vivir la experiencia del clan, lo que funcionó muy bien porque ya sabían trabajar con el programa scout, además de llevar después a sus grupos todo lo aportado del plan de adelanto y marcos simbólicos.

Nuestras juntas eran donde a la fecha se reúne el 88, en su local de la Hacienda de la Huaracha. Las reuniones eran entre semana por la tarde, porque muchas trabajábamos, y hacíamos todas las actividades al aire libre propias de cualquier clan, como balsear en los ríos de Veracruz y Amacuzac, recorrer los ríos subterráneos del Chontalcoatlán y San Jerónimo, subir al Iztaccíhuatl y Popocatepetl; también hicimos equipos para realizar trabajo comunitario en secciones rurales, y asistimos a eventos nacionales como el Primer Encuentro de Expresión y Arte Scout, celebrado en 1980, en Meztitla, a donde regresamos al año siguiente al Primer Rover Moot Internacional, donde participaron por primera vez clanes femeninos, y al que asistió un clan de scouts japoneses. Al inicio contamos con el apoyo técnico del clan masculino para algunas proyectos, pero pronto fuimos autónomas.

Para los marcos simbólicos, usamos una mística y nombres de insignias distintos a los del clan masculino, donde

planteamos los niveles de Caminante, para las chicas de nuevo ingreso o provenientes de tropa o avanzada; *Sherpa*, para quienes hacían su Promesa; *Yespa*, equivalente a la investidura rover, y la insignia Baden-Powell; las tres primeras están conectadas con la mística de la etnia del Himalaya, que guían expediciones a las montañas y es famosa por su conocimiento del terreno, gran aplomo físico, filosofía de la vida, organización y leyendas. Adicionalmente, recurrimos al libro de *Juan Salvador Gaviota*, de Richard Bach, para reforzar nuestra mística en cuanto a los temas de superación, conocimiento interno, fortalecimiento del espíritu y pertenencia a un grupo como parte de una nueva filosofía de vida. Incluso a nuestra sección se le conoció dentro del grupo como clan de Gaviotas del 88. Yo fui la primera jefa de tropa investida con el cordón de mando del grupo 88, y la tercera *Yespa* investida del clan que, a la fecha, mantiene sus mismas ceremonias.

También trabajé con el grupo 92, en la colonia Del Valle, que después pasaría a ser parte de la provincia Benito Juárez, para formar su avanzada femenina, junto con Pedro Álvarez Icaza, quien integró la avanzada masculina. Invité al grupo a Leticia Martínez, otra integrante del clan del grupo 88, para que trabajara como jefa de clan e implementara la mística que teníamos en Naucalpan con el clan de Gaviotas; para entonces, el grupo ya tenía un clan femenino que trabajaba con la mística rover, con todo e investiduras con charreteras, por lo que hubo un poco de resistencia al cambio, pero al final logró cambiarse con las siguientes generaciones de muchachas del clan. La influencia en cuanto a la mística de los clanes femeninos del 88 y 92 se diseminó por otros grupos scouts, aunque algunos adoptaron distintos temas de apoyo, y otros se resistieron y usaron los del clan masculino.

Gladys A. Castillo Fuentes

Seisena Amarilla, patrullas Panteras y Guarias

La promesa y la ley scout las llevo siempre en mi corazón, procurando que sean la brújula en mi camino para ser útil y

dejar este mundo en mejores condiciones de como lo encontré. Ingresé en 1972, a los nueve años de edad, al grupo 167, el cual sesionaba en la parte trasera de la pequeña iglesia colonial de San Simón Ticumac, en lo que antes era el Distrito Federal, muy cerca del mercado de Portales. Mis hermanos, Alberto y Cuauhtémoc, estaban en la manada de lobatos y me encantaba observar sus actividades, por lo que pedimos a los encargados del grupo que abrieran la sección de “lobatas”, de la cual fui fundadora y seisenera de la Amarilla. Era grandioso y muy divertido que nuestras dirigentes diseñaran actividades para nosotras; recuerdo a dos de ellas con mucho cariño: Yolanda Martínez y Lourdes Ponce, quienes nos llevaban de excursión y campamento, y organizaban actividades muy atractivas. Recuerdo que no había insignias para nosotras —algunas trataron de sustituirse por otras existentes—, y usábamos uniformes empleados para las dirigentes, al no existir ningún diseño especial para niñas.

Llegó mi pase a tropa, pero no teníamos tropa femenina, y me tocó fundarla: fui la guía de la patrulla Panteras, y nuestro lema era: “Panteras en la cima, ¡siempre venceremos!” Un tiempo permanecí en aquella tropa, pero, por necesidad de ubicación, me cambié a la tropa del grupo 154, que sesionaba en el parque de los Venados. Ahí usábamos blusa blanca, falda azul marino y motas azules. Grandes vivencias en esa tropa cuyas patrullas tenían nombres de flores: Copihues, Guarias y Azaleas. Yo participé en la patrulla Guarias, “¡Guarias, trabajando siempre a la vanguardia!”. Mi jefa de tropa fue Susana García, una gran dirigente a quien volvería a contactar hace unos veinte años, para convertirse en una de mis mejores amigas.

Ligia Martha Vélez Martínez

*Confesiones de una rover clandestina**

Yo entré de niña a Guías de México, de donde por diversas circunstancias me salí como a los trece años de edad, pero

* Incluido en *Falda con charreteras. Aproximaciones al escultismo mexicano en femenino* (Biblioteca del Centenario, 18).

en mi casa se desayunaba, comía y cenaba scouts —mi papá, Jorge Toral Azuela, desempeñó diversos cargos dentro de la Asociación de Scouts de México, incluido el de comisionado nacional rover y jefe scout nacional. A cada rato iban Miguel Martagón, Luis Marcial y otros dirigentes de la Oficina Nacional, quienes empezaron a hablar de las ramas femeninas. Yo le pregunté a Miguel Martagón a qué clan podía incorporarme: eso fue a finales del ochenta, cuando tenía dieciséis años. Me dijo del grupo 88 de Naucalpan y del 92 de la Del Valle; él fue miembro de ambos grupos, y mantenía contacto con ellos.

Me comuniqué con una chava del 88, que se llama Leticia Martínez, quien me platicó que estaban armando un plan de adelanto inspirado en los habitantes del Himalaya, donde las *sherpas* eran las equivalentes a escuderas, y las *yespas* a rovers. A mí me quedaba muy lejos Naucalpan, por lo que terminó dándome el teléfono de otra chava del grupo 92, que tenía su local en la calle de Patricio Sanz, el cual que me quedaba muy cerquita de mi casa. Curiosamente, un primo de mi mamá fue de los fundadores de ese grupo, por lo que todo quedó en familia.

Las primera clanneras eran en su mayoría hermanas o primas de algunos miembros del clan masculino, y una hija del jefe de grupo. Salvo una chava que había sido lobatera y yo que fui guía, ninguna otra tenía experiencia scout. Luego fueron agregándose otras invitadas nuestras; algunas entraban, no les gustaba y se salían, pero al final, fuimos un clan bastante grande. Según yo, fue por iniciativa del jefe de grupo que se decidió formarlo, porque quería que fuera el semillero de las dirigentes de las restantes secciones femeninas. Las juntas eran los viernes antes de las del clan masculino, aunque todas las actividades externas eran mixtas: río subterráneo, balseada y escalada en roca, aunque una vez nos echamos solas el río San Jerónimo, con el bote mantequero a la espalda. Al final, estaba el clan masculino

esperándonos, y nos hicieron una ceremonia como diciendo “ya están listas”. No los esperábamos y fue muy padre.

Fuimos como ocho chicas las que tuvimos la investidura rover: yo fui la sexta. La primera fue la jefe de clan, Guillermina López Rocher, quien era la mamá de unos scouts, muy jovencita. A ella la adiestró el Consejo de Clan masculino sobre mística y cómo llevar la junta, aunque no tanto de campo, donde a todas nos enseñaron a la par. Primero obtuve mis cintas de escudero y luego, como por el ochenta y dos, no lo recuerdo bien, mis charreteras. Leí por supuesto *Roverismo hacia el éxito* de Baden-Powell; claro que la Roca Mujeres no era la Roca Mujeres sino la Roca Sexualidad. A mí nadie me dijo “roverta”: éramos claneras y las investidas con charreteras, rovers. Sí causábamos curiosidad, pero nunca nos pusieron un sobrenombre.

Me imagino que entre Guille y la siguiente rover, Beatriz Molina, quien era lobatera y novia de uno de los del Consejo de Clan masculino, escribieron con los chavos de clan toda la lectura de la investidura basada en Juana de Arco. Yo hice todo el ceremonial, y estuve un día entero en un convento con lecturas y todo. Mi papá se encargó durante la investidura de la lectura de Juana de Arco: lo hizo en su calidad de rover investido del grupo II de la ciudad de México; de hecho, mis charreteras, cintas y motas rojas fueron de mi papá. Siempre fue muy respetuoso de mis decisiones, y cuando le anuncié que quería entrar a los scouts, me dijo órale. Yo le aclaré que iba a entrar a un clan femenino, y me respondió que iba a estar de clandestina. Pues sí, pero por lo que he estado oyendo, pronto se va hacer esto. Sí, seguro esto no ha de tardar, reconoció.

Mi papá nomás observaba; estaba muy empapado de todo lo que estaba pasando, no solo en México sino Latinoamérica y el resto del mundo, porque asistía a todas las conferencias scouts internacionales. Yo creo que él estaba esperando a ver lo que pasaba, por lo que invitaba a mi clan a la casita que teníamos en Tepoztlán, a la entrada de Meztitla. O

luego hacía veladas musicales bohemias en la casa, a las que invitaba al clan, donde observaba, platicaba y preguntaba.

Gloria Toral Coarasa



Mi clan del grupo 92, en, 1980. Al centro, con charreteras, nuestra jefa Guillermina; yo estoy al extremo derecho (cortesía de Luis Lach Herrera).

Manada, manada, manada!

Recibí la visita de una compañera de la secundaria en el verano de 1980, para invitarme a una “junta de scouts”. Yo me asusté porque no sabía qué era eso, y me negué, y así pasó un año casi completo. Terminé la secundaria, y me enviaron de viaje al otro lado del charco; al regreso, me cambié de casa y entré a la preparatoria. Eran muchos cambios y estaba triste porque me sentía un tanto despojada.

Una tarde llegué a casa de mis primos que vivían muy cerca del lugar que había habitado, y me encontré con un joven vestido con *chorcito* que platicaba con mi tía y mi primo. Los tres estaban muy animados y eso me gustó. Pronto ese joven, llamado Sergio Revueltas, me hizo participar de la plática y terminó por invitarme a “la junta de la manada” del siguiente sábado. Realmente no entendía mucho de lo que hablaba, pero me animé a ir, pues, además, me permitiría regresar al espacio que tanto añoraba.

Ese sábado me divertí mucho viendo a la manada donde mi primo y Sergio, junto con dos chicas y unos dieciocho niños jugaban de manera organizada: cantaron, brincaron, corrieron y, algo que me pareció rarísimo, todos se formaban al llamado de “¡Manada, manada, manada!” Fue algo hermoso ver cómo se alineaban los niños de manera pronta y ordenada, guardaban silencio y se arreglaban sus uniformes; casi todos estaban vestidos de short, suéter y calcetas largas de color azul, con una camisa blanca; algunos llevaban una cachucha azul, y otros unas motitas amarillas en el borde superior de las calcetas, zapatos negros y, algo que llamó mucho mi atención, una especie de corbata de color rojo y amarillo con un tope triangular que, al igual que un escudo cosido en el suéter o camisa, con una flor de lis y el número 107.

Al término de lo que ya entendía que era una junta, se acercaron a mi Sergio —al que los niños llamaban Akela—, las otras dos chicas y algunos niños con la intención de conocerme. Me sentí sorprendida ante la cálida y cariñosa actitud de los niños, por lo que regresé al otro fin de semana, cuando Akela me presentó como la nueva integrante de la manada, y en tres semanas ya vestía el uniforme scout: camisola gris, falda/chorcito, calcetotas azules y zapatos negros; una semana después, ya portaba el distintivo del grupo 107, y a la quinta semana tuve mi primera reunión de programa, donde me dijeron que tenía que elegir mi nombre de dirigente de manada, y que debía leer *El libro de las Tierras Vírgenes*, de Rudyard Kipling, ¡y a leer se ha dicho! Ya había en la manada una Bagheera, la pantera (Irma Valdez); otra, Riki-tiki-tavi, la mangosta (Hilda), y Baloo, el oso (Gerardo Mancilla). Raksha se me hacía nombre de mamá, y yo apenas tenía quince años, y Hathi, el elefante me pareció fuera de lugar. Entonces encontré uno fantástico que elegí: Kaa, la hipnotizadora y silenciosa serpiente que aplaca a los malos banderlogs, los changos indisciplinados. Estaba tan interesada en los scouts, que dejé de sentir tristeza y despojo.

Sí, le dije adiós a la tristeza, porque todos los días los dedicaba a planear las juntas, por lo que terminaba pronto mis tareas preparatorias para dedicarme a pensar lo que haríamos el siguiente sábado, y los avances de cada lobato. Me divertían mucho la juntas de la manada, los lobatos, sus juegos, actividades y las canciones. Me encantaba la disciplina amorosa, y el que la gente al pasar donde nos reuníamos se interesara en lo que estábamos haciendo. Fue muy satisfactorio sentirme parte de esa manada, de ese grupo.

Tal vez la parte más angustiosa, pero satisfactoria a la vez, fueron los rituales, danzas y ceremonias donde participaba todo el grupo 107, desde la manadas de lobatos y gacelas que teníamos, junto con las tropas femenina y masculina, y el clan masculino de rovers. Lo más agrídulce era entregar los lobatos a la tropa, porque era un chilladero y alegría a la vez. Ver crecer a la gente ha sido una gran enseñanza para mí. También resultaba muy emocionante ver cuando se daban promesas o insignias de habilidades. Tardó en llegar, pero en 1983 llegó mi respectiva promesa scout, luego de casi dos años de estar en el grupo, y eso que, según yo, le echaba muchas ganas. Un día, al término de una excursión, mi Akela se sacó de la manga una pañoleta para entregármela, lo cual ni me lo esperaba; fue tan sorprendente que olvidé lo que decía la promesa scout! Me la tuvieron que soplar los seisneros de la manada.

Me gustaba estar en la manada, porque los niños eran lo máximo y en verdad los quería. Resultaba muy aleccionador ir a sus casas para conocerlos más de cerca. Algunos vivían cerca de donde se reunía el grupo y otros más lejos; fue sorprendente darme cuenta que, mientras unos niños eran de familias pudientes y vivían en casotas, otros trabajaban como “cerillos”, empacando cosas en las tiendas de autoservicio, para ayudar en sus casas y, también, pagar sus cuotas sabatinas e ir de excursión y campamento, y pagar su membresía a la Asociación de Scouts de México. Eso sí, en nuestro grupo todos éramos iguales, unidos por la disciplina, compromiso y ritualidad.

Luz Adriana Egan Castillo

Sábados de resignación

Los scouts los conocí muy chica, hacia 1975, cuando tendría ocho años de edad y mis hermanos se fueron al campamento inaugural del extinto grupo 3 de los scouts marinos, de la entonces provincia Veracruz Norte. El escultismo estaba muy expandido entonces en Poza Rica, y a los scouts se les veían en diversas actividades y desfiles conmemorativos, con grupos de muchachos de impecable uniforme, mochilas e, incluso, perros que los acompañaban. Sin embargo, en ese tiempo imperaba algo que hoy sería impensable: no había secciones femeninas. Algunas hermanas de los lobatos amigos de mis hermanos eran haditas y guías, pero mi mamá no permitió mi ingreso con ellas, porque sus actividades eran en casas particulares.

Mi querido hermano Rafael Hernández Cuellar, quien años después alcanzó la Correa de Manigua e insignia Caballero Scout, se había integrado a un nuevo grupo, el 2 de Poza Rica; era el año 1980, y en nuestros juegos diarios me enseñaba los nudos que le habían puesto en su tropa. Tuve que seguir resignada a ver cada sábado como mis hermanos los llevaban contentos a sus juntas, y regresaban aún más felices. Fue frustrante, pero nada podía hacer, ya que en ese grupo tampoco había secciones femeninas. Un buen día de ese mismo año, mi hermano me dijo que estaban formando una tropa femenina, y que la jefa sería Bella —en realidad se llamaba Velia— quien, para mi fortuna, era vecina de la colonia y conocida de mi mamá. Fue ahí cuando mis papás me llevaron por primera vez y “a prueba”, como se acostumbraba en aquellos años, al campo de golf que había dentro del deportivo de Pemex, donde sería mi primera junta scout. Me integré a la patrulla Zorras con Ana Martha Aguilar Vaquier; a ella sus papás la habían trasladado de las Guías de México al grupo scout, porque su hermano Melitón era el guía de la patrulla Zorros, y guía de guías en la tropa masculina.

Había un detalle que llamó mi atención: el uniforme todavía no estaba bien definido, porque sólo nos pedían una

falda azul con cinturón negro y una camisa blanca escolar de manga corta, como los lobatos de aquellos años, zapatos negros y calcetas azules. Reconozco que fue un gran paso estar ahí, pero como siempre ha sido mi espíritu, yo quería más. ¡Portar la camisola gris de cuello mao y pañoleta serían mi objetivo! Fue entonces cuando empecé a conocer el Movimiento: su identidad, nuestros gritos de patrulla y las actividades tan variadas, desde las religiosas hasta las físicas, teniendo como centro el *Manual scout* y el *Manual del guía de patrulla* que, prácticamente, nos volvió autodidactas en las construcciones, nudos y manejo de alimentos sin refrigeración.

Esperanza Hernández Cuellar



Mi primera tropa femenina del grupo 2 de Poza Rica
(cortesía de Esperanza Hernández Cuellar)

Un mensaje de Whatsapp

Te platico: Durante el sismo de 1985, al ver lo que pasaba en la ciudad de México, yo también quise ayudar, pero me sentí impotente al no estar mínimamente capacitada para hacer algo; entonces, vi las acciones realizadas por los scouts ante la tragedia y surgió mi anhelo de formar parte de ellos. En casa no había ningún interés hacia mis deseos, por lo que busqué por mi cuenta un grupo, y cuando me enteré que había uno a solo unas cuadras de casa no dudé en entrar. Me

tocó ser pionera de la tropa Sheratan del grupo 230 de la provincia Benito Juárez —que tenía su propio local en la esquina de Matías Romero y Tres Zapotes, que antes se llamaba calle 10-B, en la colonia Letrán Valle—, cuando su primera jefa de tropa era Cecilia Ruiz. En mi casa no me compraron uniforme, pero eran tantas mis ganas de estar en los scouts que teñí una falda y usé los zapatos de la escuela con unas calcetas azules viejitas.

A pesar que solo estuve tres años dentro de los scouts fui muy feliz. Me tocó participar en el Jamboree del Aire, y tomé clases de radio de onda corta con un radioaficionado; también aprendí mucho sobre herramientas de sobrevivencia, y clases de brújula y mapas que me llevaron a obtener el segundo lugar en el Campeonato Nacional de Orientación de Honey, Puebla, en 1986; hasta el día de hoy, mantengo mi fascinación por los mapas. Actualmente, además de mi trabajo, soy brigadista y siempre pienso en ayudar a la gente. La semilla del escultismo me inculcó valores, tenacidad y resiliencia, la cual me da fortaleza para levantarme y sacudirme al llegar a caerme, para continuar mi camino por la vida.

Mónica Quintana Palma



Mi tropa Sheratan del grupo 230 de la Benito Juárez
(cortesía Tonatzin Pérez).

Un pajarillo raro que no sabe mentir

Después de una vida de tropa muy satisfactoria, tuve mi pase a clan, donde me convertí en la primera precursora investida del mismo, y es aquí donde las cosas se ponen interesantes para efectos de la presente historia, ya que Denise Rostan Woodhouse, nuestra jefa de clan del G-II-M, había sido en sus años mozos miembro de un clan “pirata” en el grupo 126 de Coyoacán,* conformado por otras lobateras, incluidas de otros grupos, como ella quien entonces pertenecía al grupo 26, también de Coyoacán, quienes tomaron el cuento de “Kotick la foca blanca”, de Kipling, como base de su mística de clan.

Aquellas integrantes “piratas” respetaron la estructura existente de los clanes de rovers, en cuanto a las insignias a las cuales podían aspirar, equivalentes a las cintas de escudero y charreteras rover, que llamaron Kotick y Limmershin, esta última alusiva a un reyezuelo de invierno que, cuenta la historia de Kotick, “es un pajarillo de un carácter bastante raro, pero no sabe mentir”, cuestión que, de acuerdo con lo que nos explicaron, debíamos aspirar como mujeres y scouts. Así que siendo de las primeras integrantes del clan de nuestro grupo, y habiéndonos encantado la historia de nuestra jefa, aunado a que esto le daba un respaldo histórico a lo que buscábamos hacer como sección femenil mayor, decidimos adoptar el nombre de Limmershin en nuestro clan, así como sus insignias originales de manera paralela a las oficiales de los clanes de precursoras de la Asociación, que entonces eran Caminante y Precursora. El clan de Limmershin original, el de mi jefa Denise, había adquirido unas bellas versiones dibujadas de los personajes, y una hermosa flor de lis de diseño exclusivo que nosotras adoptamos para nuestra papelería y ceremonias. Durante mi vida como clanera, y posterior integración como dirigente y scouter, me enteré de reuniones que todavía mantenía Denise con las integrantes originales

* Así lo definió la propia aludida en su respectivo testimonio incluido en el volumen 2 de esta obra, precisando que fue hacia 1966. (N. del E.)

del clan de Limmershin, mientras vivió su jefa de clan, cuyo nombre no recuerdo.

Ahora ya no existe ninguno de los dos clanes, al convertirse las secciones scouts en unidades mixtas “coeducativas”, y desaparecer las unidades femeninas, el clan que se preservó en el G-II-M fue, por supuesto, el de rovers San Martín, de mayor antigüedad.

Yaroslava Guerrero Placencia

¡Aceptamos el reto!

Mi vida scout comenzó en febrero de 1981, en el grupo 107 “Andrómeda” de la provincia Iztacalco donde, algunos años, antes mi hermano Mauricio fue lobato, y a quien con algo de envidia lo veía irse de campamento o excursión, y regresar enlodado, sonriente, lleno de anécdotas y aventuras. Por eso, cuando Dina Martínez les preguntara a todas las chicas de tropa a su cargo: “¿Quién quiere ir al Campamento Nacional en Veracruz?”, yo fui la primera en alzar la voz, emocionada: “¡Yo quiero!”

En julio de 1982, con una mochila que parecía más grande que yo, atestada de alimentos y equipo, y con mi patrulla Sirius, integrada por Judith, la guía, Raquel y Laura, mi hermana, los chicos de la tropa de muchachos de mi grupo, cargados de palos, mecahilo, lámparas, cocinetas y demás artículos para acampar, subimos a un tren en la ya desaparecida estación de Buenavista, con muchos otros scouts más rumbo al puerto de Veracruz.

Después de registrarnos entre un mundo de jóvenes y chicas de toda la República, me hospedé junto con otros participantes al evento en la casa de un scout de la provincia anfitriona; ahí inició una hermosa amistad con Ricardo Guzmán, del grupo 40 de la provincia Álvaro Obregón, que perdura cuarenta y tres años después.

Ya en la zona de acampado, en Antón Lizardo, levantamos nuestras tiendas de campaña, construimos astucias y mantuvimos nuestro campamento en orden a pesar del can-

sancio, subidas y bajadas de ánimo o desacuerdos entre las integrantes de la patrulla, lo que nos hizo ganar el reconocimiento a “el más limpio y ordenado” del único subcampo femenino del primer Campamento Nacional Scout donde participamos mujeres.

Al caer la tarde, se escucharon por doquier los gritos de niñas asustadas ante los sapos más grandes que jamás habíamos visto en nuestras vidas, y que empezaron a croar entre nuestras tiendas de campaña, acompañados de lo que me parecían cientos de grillos. Le siguieron noches lluviosas, en que titiritaba de frío mientras alumbraba con mi lámpara cómo lloviznaba *dentro* de la tienda, mientras esperaba ansiosa el toque del silbato que anunciara la hora de levantarse para iniciar el día, con los ejercicios de la mañana.

Visitamos la cercana Escuela Naval, donde solemnes marinos nos enseñaron diversos nudos, y pasé, entusiasmada, por una pista comando que me enseñó lo osada y frágil que era entonces. Otro día, a mitad de la balseada iniciada en la laguna de Mandinga con destino al mar, dos cámaras de nuestra balsa se poncharon; recuerdo la cara de asombro y susto de mis compañeras ante el silbido producido por las llantas al desinflarse, que nos hizo terminar el recorrido medio hundidas y empujando nuestra embarcación con los pies sumergidos en el fango, hasta llegar a la orilla donde descubrimos la comida que llevábamos empapada. Nunca unas galletas Ritz ensopadas en agua turbia me supieron tan deliciosas como aquel día.

Cada día fue toda una aventura (“¡Aceptamos el reto!”, era el lema del Nacional): se instaló una gran “tienda regadera” por la que pude pasar una sola vez durante todo el evento, y junto con mi patrulla seguí pistas, caminé por la playa, descifré claves, superé retos y soporté el hambre después de una larga caminata bajo el sol, cuando en el menú de atún con verduras enlatados no incluía un abrelatas y navaja; aprendí, amargamente, que las botellas de aceite comestible se embolsan para guardarlas dentro de la mochila, para que

al romperse no estropearan el flamante uniforme que llevaba una para cambiarse. También valoré los alimentos cuando, en nuestro último desayuno, comí huevo con el contenido entero del salero mal tapado. Durante la inolvidable noche de fogata, canté a grito tendido y hasta las lágrimas canciones grabadas en mi mente y corazón, junto a cientos de jóvenes.

El clan de mi grupo fue al Nacional de servicio; con una permanente sonrisa dibujada en el rostro, sus integrantes estuvieron al pendiente de nosotras, y se encargaron de apoyarnos en todo momento. Prender cocinetas y lámparas, levantar tiendas caídas e inundadas de nosotras y las demás compañeras de nuestro subcampo fue su tarea diaria, enseñándonos con su ejemplo a vivir alegremente el espíritu de servicio.

Pasé casi toda la semana sin bañarme, insolada, apestosa y con la ropa mugrosa, cansada, pero, eso sí, bien peinada y uniformada hasta el final! Con el corazón desbordado de alegría y satisfacción, me despedí de mis nuevos amigos, con la promesa de volvernos a encontrar...y así lo hice.

Adriana Mancilla Cruz



Veracruz 1982, fue el primer Campamento Nacional Scout donde participamos muchachas (archivo Arturo Reyes Fragoso)*

* 340 asistentes femeninas, dato tomado de *XXV Campamentos Nacionales (1934-1989)* (Biblioteca del Centenario, 25).

¡Bellas personas con quienes viví grandes aventuras!

Comencé en el Movimiento en noviembre de 1981 en la que entonces era la tropa de avanzada de los “Dragones” del grupo 92, cuando tenía catorce años. Mi hermano estuvo en la manada de lobatos del grupo 55, en la provincia Álvaro Obregón y, por alguna razón pasó a esa tropa de la provincia Benito Juárez. Mi primera junta me la pasé tratando de entender la filosofía y forma de trabajo de los scouts, y al segundo sábado fui al Encuentro de Expresión y Arte Scout, en Meztitla, donde estuve en el concurso de canciones, admiré los banderines patrulla y tótems de manada, fui al cementerio del pueblo de Tepoztlán, escalé el Dado, canté en la fogata, y descubrí pañoletas de diferentes colores, ¡fue de los más divertido! Mi jefa de avanzada era Gladys Castillo, pionera del movimiento femenino dentro de la Asociación de Scouts de México, ayudada por Bárbara Gutiérrez, a quienes siempre les agradeceré todas sus enseñanzas impartidas, junto con Leticia Martínez (no recuerdo quién de las dos últimas me entregó mi Promesa). Llegué a ser Rosa de los Vientos, la insignia terminal en avanzada, y después pasé al clan donde mi grupo, originalmente, manejaba el mismo esquema de adelanto de los rovers, con investiduras y charreteras incluidas, aunque a mí ya me tocó ser investida como precursora, y mis padrinos fueron Roberto Hernández y Gloria Toral. Nuestro jefe de grupo era Carlos Sánchez, *el Tinaco*, al que le siguió Carlos Viveros, ¡bellas personas con quienes viví grandes aventuras! Me enamoré del Movimiento gracias a las vivencias brindadas en campamentos, servicios, balseadas y río subterráneo. También me tocó apoyar en la explosión de San Juanico de 1984, y el temblor del año siguiente, en la ciudad de México.

Conocí a muchas familias con quienes entablé amistad, y me casé con Juan de Jesús Ramírez López, un scout que comenzó como lobato y luego estuvo en tropa, avanzada y clan, con quien tengo tres hijos, Diego, Tania y Pablo; el escultismo me ayudó, como adolescente, a valorar muchas

cosas, al preferir asistir a una junta los sábados por la tarde en lugar de ir a una fiesta.

Rosa María Heredia Ruiz



... el escultismo me ayudó, como adolescente, a valorar muchas cosas (cortesía de Rosa María Heredia Ruiz).

Un día por el jardín de San Miguelito...

La trágica muerte de mi hermano, en 1980, me llevó con mi familia a emigrar de la ciudad de México a San Luis Potosí; dos años después, mientras un día caminaba por el legendario jardín de San Miguelito de la capital potosina, me sorprendió toparme con unos niños con camisa, short y una especie de corbata de colores, divirtiéndose. Mi papá, me insistió en que les preguntara lo que tenía que hacer para incorporarme con ellos, luego de dibujar en su rostro una expresión de buen presentimiento. “Somos scouts, y justo tiene poco tiempo que tenemos mujeres aquí, bienvenida”, me dijeron, efusivas. Desde la primera sesión, quedé enamorada del escultismo, y sentí que el ambiente del grupo 5 “Avanzada”, de la provincia San Luis Potosí, no solo me daría felicidad, sino que me haría crecer como persona para forjarme un buen camino.

Mi jefa de tropa era Yolanda Álvarez Castillo, joven mujer que siempre nos acompañó en nuestros logros, sin dejar de fortalecer nuestras áreas de oportunidad; en ese tiempo, las patrullas de la tropa femenina tenían nombres de conste-

laciones o estrellas. La nuestra la bautizamos como Nashira, la estrella más brillante de la constelación de Capricornio, y elegimos identificarnos con los colores rojo y rosa. Mi guía fue Cinthia Espinosa Martínez, excelente persona y líder. Yo fui su subguía, aunque, más que roles, construimos un gran equipo.

Esta etapa estuvo marcada por algo de incertidumbre, en el sentido de que muchos aspectos del programa scout todavía no estaban adaptados para nosotras; sin embargo, nuestro entusiasmo mezclado con espíritu de competencia sana no nos detuvo para aprender nudos, claves, orientación, cocina sin utensilios... Nuestro entusiasmo era tanto, que a veces nos reuníamos entre semana para practicar. Soñábamos con ganar siempre todas las competencias de provincia, porque, al ser nuestro grupo unos de los más antiguos y tradicionales de San Luis Potosí, asumíamos que no podíamos fallar. Un elemento clave de ese tiempo, fueron los muchachos de la tropa masculina, con quienes logramos armar un gran equipo en beneficio de nuestro grupo scout. Siempre nos extendieron su mano para crecer juntos. Tanta era nuestra complicidad, que teníamos un humor particular para reírnos, el cual les causaba mucho enojo a los más nuevos. Entre todos vivimos grandes noches de campamento, y hasta nos transportábamos en tren —el cual ya desapareció— a otros municipios, como Venado. Las mochilas que teníamos, casas de campaña y equipo en general eran muy pesados, rudimentarios y, por si fuera poco, caros. Muy acordes a la época.

La cumbre de este ciclo llegó en 1986, con el Tercer Campamento Nacional de Muchachas Scouts, que se llevó a cabo en el balneario de Atzimba, Michoacán, todo un reto monetario para poder costearlo, que logramos después de muchos sacrificios. Fue mi primer Nacional, y me emocionó la conexión con otros pares de todo México. La provincia sede nos compartió su cultura originaria purépecha a través de muchas actividades, e incluso desfilamos por la ciudad.

Nuestro peor compañero durante esos días fueron las torrenciales lluvias que nos tuvieron empapadas la mayor parte del tiempo.

Todavía conservo las amistades de aquella época, a quienes considero mis hermanas: Lucy Flores de León, Mónica Acosta Díaz de León, Mary y Oralia Loredo Velarde. Mis más sinceros aplausos en señal de respeto y agradecimiento, por vivir aquella aventura que hoy es historia. Mi profesión me llevó a regresar a la capital del país, lo que implicó una despedida larga, pero temporal. Ahora me doy cuenta que formamos parte de la primera generación de mujeres scouts, lo cual me produce la sensación de haber cumplido, sin querer, una misión: abrirles camino a las generaciones presentes. Lo comprobé al ver a mi hija Karla tomar mi antigua edición de *Escultismo para muchachos*, así como el día que mi mamá la vio llegar uniformada y feliz por haber realizado su Promesa; entonces sonrió y me dijo que la mejor historia estaba por revivirse en mi pequeña.

Elvia Verónica Sánchez Ornelas



En el Nacional de Atzimba con nuestro querido Alberto Díaz Guerrero (☺) (cortesía de Elvia Verónica Sánchez Ornelas).

¿Quién quiere participar en las ramas femeninas?

Una tarde de 1980, durante una junta de padres de familia del grupo 92, en nuestro local en la calle de Patricio Sanz, en

la colonia del Valle, donde asistí como madre de un muchacho de tropa, otro de avanzada y dos de clan, levanté la mano cuando preguntaron:

—¿Quién quiere participar en las ramas femeninas?

Tenía el deseo de apoyar, sin saber todavía que era para formar el clan femenino del grupo. A partir de ahí empecé a tomar conciencia de muchas cosas importantes, adentrándome en el mundo del escultismo, su origen, visión, mística, estrategia y la entrega que demanda para formar almas impregnadas con el espíritu scout; ese espíritu de servicio, a dios, patria y hogar; a ese mundo de compañerismo con la hermandad scout, donde compartimos valores y la responsabilidad de ser miembros de una gran familia extendida.

El clan se formó con lobateras del grupo y familiares o conocidas del mismo: Betty Molina, Tony Cruz, Gloria Toral,* Gaby Sánchez, Ana Arroyo, Claudia Portilla y Bárbara Gutiérrez. Desde el principio fui asesorada por los dirigentes del grupo y miembros del clan masculino: Eliseo Portilla, Guillermo Ortiz y Óscar Gutiérrez (©). Fue todo un aprendizaje llevado a la práctica. Decidimos seguir el plan de adelanto de nuestro clan masculino, haciéndose proyectos, realizándose actividades, en principio con la guía de los clánicos, e investiduras con el mismo ceremonial, donde yo fui la primera en portar charreteras verdes en mi camisola gris.

Aprendimos a acampar, escalar, rapelear, hacer actividades de espeleología, balsear, recorrer un río subterráneo, y realizar caminatas interminables, diurnas y nocturnas, todo con un sentido de aprendizaje y en respetuoso contacto con la naturaleza. En el aspecto cultural, hicimos obras de teatro y compusimos canciones; en especial recuerdo una que decía: “¡Somos el clan femenino y en todas nosotras dinamita hay!”

Y eso fuimos: una explosión de energía, de valores claros y concretos, alegría, camaradería y servicio a los demás.

* Hija de Jorge Toral Azuela, ex jefe scout nacional. (N. del E.)

Jóvenes entusiastas e idealistas, entregadas a vivir el compromiso de ser durante su adelanto, primero escuderos y después rovers, con orgullo, fuerza y voluntad de servicio.

Guillermina López Rocher



En nuestra cabaña de Patricio Sanz, rodeada de mis claneras (cortesía de Guillermina López Rocher).

Lobatos formados para examen escolar

De niña me invitaron dos veces a Guías de México, pero me resultó bastante aburrido al tener solo un juego y pasarnos el resto de la junta dedicadas a coser y pegar botones. A los dieciséis años, Concepción Portilla Luja, una amiga de la universidad, me invitó un sábado a su grupo scout; su papá, Humberto Portilla, era entonces el comisionado de la provincia Toluca, al no existir entonces el cargo de presidente de provincia. Así fue como me integré al grupo XII de la capital del Estado de México, en 1978.

Entonces no existían las secciones femeninas, y la única forma de ingresar al movimiento scout era como scouter de manada o, como les decían entonces, “lobatera”, aunque el Akela, o jefe de manada, podía ser indistintamente hombre o mujer, y los adelantos eran la primera y segunda estrella, así como “mil” especialidades para poder alcanzar a ser Lobo Rampante, la insignia terminal; el uniforme lo componían un

short, suéter y calcetas azul marinos, camisa blanca, zapatos o botas negras, y una gorra verde con rayas amarillas, donde se colocaban las estrellas del adelanto. La mística entonces era que la gorra representaba la selva del Seeonee, y las rayas amarillas los caminos que conducían a la Roca del Consejo, representada por el botón colocado en medio de la gorra (al menos, eso les decíamos a los lobatos de nuestro grupo).

Ahí estuve cinco años, y en ese lapso me tocó el cambio de los adelantos de manada, que pasaron a ser Lobo Rastreador, Lobo Cazador, Seeonee y Khaniwara; las especialidades se concentraron en seis grupos que, creo yo, actualmente siguen manejándose: deportes, humanidades, etcétera. Realmente fue un gran cambio al darse la oportunidad de que más lobatos pudieran conseguir su Lobo Rampante, y resultaba más fácil para ellos. También se quitó lo de “pasar pruebas” —antes, al acabar cada junta sabatina, los lobatos se formaban con su cartilla para que el scouter les preguntara cosas como si fuera un examen de escuela, literalmente—; a partir de entonces, pudimos evaluarlos a través de la observación.

En ese período me tocó la incorporación de las secciones femeninas; entonces sesionábamos en el jardín Sor Juana Inés de la Cruz, donde también había un grupo de Guías de México, lo cual resultaba muy cómodo para los papás, porque en un mismo lugar llevaban a sus hijos a los scouts, y a sus hijas a las guías. Con la incorporación de las secciones femeninas a los scouts, de repente desapareció el grupo de guías del jardín; fuimos a buscarlas, encontrándolas dentro de la cercana escuela primaria Margarita Sánchez, donde nos dijeron que su directiva nacional les había prohibido seguir sesionando donde hubiera un grupo scout, lo cual resultó muy triste porque realmente teníamos una muy buena relación con ellas, además que muchos papás sacaron a sus hijas de las guías para pasarlas al grupo scout.

A mí me tocó empezar hacer juntas con las primeras “lobatas” del grupo, porque todavía no teníamos *Relatos de Foresta Andii*, el libro para gacelas, así que realizaba las juntas

con el mismo marco simbólico de la manada de lobatos, aunque pronto llegó una chica para hacerse cargo de la manada de gacelas, que había sido lobatera; ya después, poco a poco, fue saliendo toda la bibliografía y adelanto para la sección.

Lucrecia Jarquín Ortega



Cuando me pasé al grupo IV de Toluca, también como lobatera, en 1983 (cortesía de Lucrecia Jarquín Ortega).

Ceremonia en Teotihuacán

A finales del verano de aquel año del 75, nos llevaron a las manadas del grupo, masculina y femenina, de excursión a Teotihuacán. Nunca había ido a esa zona arqueológica, y se me hizo otro planeta. No recuerdo mayores detalles de la excursión, hasta el momento que, después de un juego, Akela nos llamó desde lo alto de una de las pequeñas pirámides levantadas a lo largo de la Calzada de los Muertos, teniéndonos que formar sobre su escalinata, lo que hacía que el paisaje se viera imponente desde abajo. Muy seria, Raksha fue a colocarse a su derecha, mientras Kaa lo hacía a su izquierda. ¡Qué azul estaba el cielo! Yo permanecía con mi seisena casi hasta abajo de la escalinata, icuando Akela le indicó a mi seisenera que subiera conmigo!

“¿Qué hice?”, me preguntaba mientras subía cada escalón, “¿me van a echar? ¿Cómo regreso a mi casa?”; estru-

jándome los dedos llegué un escalón debajo de mis scouters, sin saber nada hasta el momento que Akela me dijera:

—¿Quieres pertenecer formalmente a nuestra manada, obedecer la ley de la manada y hacer tu Promesa?

Por poco y ruedo escalinata abajo, iera mi ceremonia de promesa scout! Esa pañoleta que solo veía de lejos, ese lobo que para las lobatas Akela lo bordaba con sus propias manos... no logré articular palabra hasta que mi seisenera me dio un codazo:

—¡Claro que sí! —respondí.

Cuando al fin tuve mi pañoleta colgada al cuello, la cual me llegaba casi hasta las rodillas, Raksha nos indicó: “¡Media vuelta!” Miré mis pies para no rodar escalinata abajo al girar, y al levantar la mirada y contemplar a todas las integrantes de mi manada saludándome con una gran sonrisa, con la panorámica de Teotihuacán en todo su esplendor, juré que quería tener esa familia para siempre.

Ariela Rangel Cuenca



Yo, como lobata, hacia 1977
(cortesía de Ariela Rangel Cuenca).

Seguir el mismo camino

El movimiento scout no solo me brindó amistades y experiencias inolvidables, sino que también me permitió conocer al padre de mis hijos; gracias a la influencia y valores

inculcados por nuestros propios padres y el escultismo, mis hijos han seguido el mismo camino, destacándose como personas responsables, líderes y exitosos, tanto en lo profesional como en su vida diaria, y estoy segura que muchos de sus mejores recuerdos están en su vida scout.

Ruth Fabiola Aguirre Ballesteros



Las expedicionarias de mi grupo 2 de Saltillo en la Plaza de Armas durante el Día de Baden-Powell de 1989 (cortesía de Ruth Fabiola Aguirre Ballesteros).

Una enorme emoción sintió mi corazón...

Pasando el aniversario era importante realizar la promesa scout para obtener nuestra pañoleta, así que Gerardo y Ernesto, integrantes del clan “Estrella” de la rama varonil, fundado en 1976, nos apoyaron como subjefes de la sección, tanto para enseñarnos sobre las pruebas y progresión de nuestro adelanto; gracias a eso, a finales del mes de abril de 1980 repetí por primera vez mi promesa scout —una enorme emoción sintió mi corazón—, y me entregaron mi pañoleta amarilla, color que representa la alegría y entusiasmo, haciendo alusión al octavo artículo de la ley scout: “El scout ríe y canta...”, con pequeñas franjas en color rojo, las cuales representan el esfuerzo, sacrificio y sangre, aludiendo a la parte de la oración de tropa, que dice: “... a

dar sin medida, a trabajar sin descanso...”. Sin duda fue el día que cambió mi vida.

Lina María Gamiño



“... mi pañoleta amarilla, el color que representa la alegría y entusiasmo”,
tropa del grupo 6 de Morelia (cortesía de Lina María Gamiño).

Mi primera frustración

Me salí poco más de un año de los scouts, pero regresé en enero de 1984; entonces me enamoré del escultismo al conocer los principios y promesa scout. Le eché muchas ganas y me organizaron mi ceremonia de Promesa en abril; en ese momento, se sembró en mí la semilla del escultismo profundamente. No recuerdo el nombre de mi patrulla inicial, pero a los pocos meses mi guía pasó a la avanzada femenil, y debido a mi entusiasmo me dieron oportunidad de salir de esa patrulla para formar otra nueva, a la que le elegí el nombre de Altair.

Mi primera excursión fue al convento del Desierto de los Leones, donde realicé mi ceremonia de Promesa. La primer caminata nocturna fue desde el local hasta el extinto volcán Xitle. Teníamos misas los domingos en la mañana y en las festividades del grupo, con los padres claretianos Santiago Sánchez y Roger Martínez vestidos con su uniforme scout, después también el padre Toño; ahí me integré

al coro y teníamos dos seminaristas que nos enseñaron las primeras canciones scouts: el “Canto de Promesa” y “Oh sari mares” fueron mis favoritas. Mis jefas fueron Pilar Alvarado Rodríguez, Mercedes Alvarado Rodríguez, un corto tiempo Lisa Chavarría Tello, y casi al final, María Luisa Villa.

Mi primera frustración la experimenté durante la primera balseada de la provincia, la que solo pude presenciar en la pista de canotaje de Cuemanco, porque la tropa femenil asistió como “porrista” de nuestra tropa varonil, porque en mi grupo la técnica scout más avanzada sólo era para hombres, ya que nuestras jefas eran nuevas y no tenían esos conocimientos.

Lo más fuerte que viví a esa edad fue prestar servicio después del terremoto del 19 de septiembre de 1985. En la tropa descubrí que tenía facilidad para transmitir mis ideas por medio de las palabras y guiar a mis compañeritas. Las enseñanzas de los padres claretianos se quedaron para siempre en mí, al igual que el sano ambiente scout, lleno de sonrisas y compromiso scout; ellos cambiaron mi vida definitivamente.

Adriana Martínez Lucio



Las “lobitas” del grupo 132 de Tlalpan durante un festival del Día de las Madres (cortesía de Adriana Martínez Lucio).

Reencuentro con el escultismo

En 1979 abandoné un poco el escultismo al comenzar a ejercer mi profesión de docente, y luego abandoné el país por un año para estudiar en Inglaterra; a mi regreso, prodigiosamente me encontré nuevamente con mis amistades, las cuales me invitaron a formar parte del grupo scout aéreo 180, en Tlalnepantla, Estado de México. Ahí comencé como dirigente de avanzada al frente de un grupo de chicas. Fue una experiencia distinta, porque sus intereses y necesidades son distintas a las que tenían mis lobatos. Estuve muy contenta en ese grupo, ya que asistimos a varios campamentos donde vivimos situaciones emocionantes, como amanecer en medio de un charco de agua que inundó nuestra tienda luego de una noche de lluvia. Entre otras actividades, visitamos un asilo donde convivimos con los ancianos y atendimos sus necesidades.

Durante mi estancia en ese grupo decidí tomar el curso para obtener mi Insignia de Madera. Resultó una experiencia inolvidable aprender a utilizar la brújula y orientarme con las estrellas; aprendí el alfabeto para enviar señales con banderines, y también aprendí a improvisar un refugio con elementos de la naturaleza cuando no se cuenta con una tienda de campaña. Visitamos la gruta de la Mariposa en Tepoztlán, Morelos, donde se debía descender a rapel por un cubo vertical y, literalmente, arrastrarse por los diferentes conductos de la gruta, evadir los pasos que contenían pequeños estanques de agua, etcétera. Lo más maravilloso de esta experiencia fue llegar al cubo de salida de la gruta y, al alzar la vista hacia la salida, poder observar la bóveda celeste llena de estrellas y constelaciones a simple vista.

Alicia Serrano Zamora

La chica Macazaga

Con el tiempo llegué a la conclusión de que fue uno de los peores campamentos de mi vida, aunque creo que ahí fue donde me propuse que, cuando pudiera, haría que las cosas

fueran distintas, por lo que comencé a investigar qué más había después de sacar la pañoleta. Tuve la suerte de que me regalaran el manual scout de Macazaga y, junto con mi hermana Ileana, empecé a aprender todo lo que ahí había y así comenzó el cambio. Llegué a pasar las pruebas de Segunda Clase, pero, cuando me iban a entregar la respectiva insignia de adelanto con nuestro lema debajo de la flor de lis, nos anunciaron que las patrullas ya no llevarían nombres de animales sino de estrellas, y los adelantos serían totalmente diferentes. Terminaron canjeándome por una Exploradora/Polaris, y después de una excursión de patrulla al museo de Historia Natural para ver las constelaciones que había en su techo, nos cambiaron el nombre de patrulla Pandas a Mizar. Fue en ese momento cuando entendí que estaba viendo nacer todo el esquema y mística de las secciones femeninas... ¡nos estaban tomando en serio! Fue un honor haber pertenecido a la tropa "Alpha Centaury" del grupo 149 de la provincia Miguel Hidalgo, donde conocí a mis mejores amigas y amigos con quienes fui a mis primeras fiestas; conocí a mi primer amor, pero, sobre todo, aprendí a vivir con honor, lealtad y fuerza.

Gabriela Martínez Peña



Como tropera del grupo 149 en acción
(cortesía de Gabriela Martínez Peña).

Me sentía muy sabedora de muchas cosas

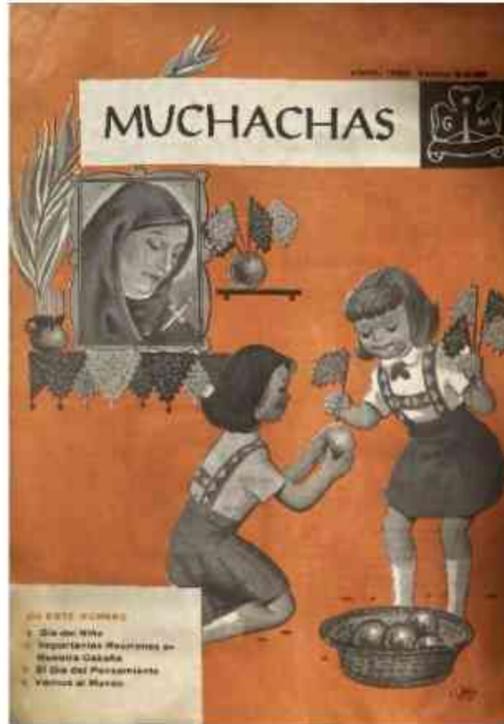
De hadita solo era diversión, y cuando salíamos de campamento las guías mayores eran nuestras cuidadoras y también nuestras maestras; las guías y guías intermedias nos apoyaban en hacer bien los nudos y cocinar, o armar alguna cosa que sirviera para mejorar la experiencia. Durante los campamentos siempre nos acompañaban dos o más scouts, sobre todo mayores de edad; siempre traían cuchillos y se quedaban en las primeras casas de campaña, y el color de éstas era diferente. Ponían su bandera scout para identificarlas; nos acompañaban a buscar leña y luego se retiraban. Era muy raro que convivieran con nosotras.

Mi promesa guía me la gané armando una casa de campaña y haciendo el desayuno para las guías de mi misma edad; tenía doce años y ya varios parches ganados por cocinar, armar, guiar y organizar. Cada parche era una acción bien hecha, y todos los sábados sin falta estaba con mi compañía. Mi uniforme ahora era una minifalda gris con un short azul marino y calcetas azules. Ya traía mi morral del mismo tono que la falda y mi mascada de color azul marino. Me enseñaron a hacer el nudo guía cuando fui guía menor, y a los catorce años me dieron mi promesa de guía mayor. Recuerdo que ya me sentía muy *sabedora* de muchas cosas, porque ayudaba y guiaba a las haditas, como lo hicieron conmigo. Conocí muchos lugares no solo en los campamentos, sino también en las salidas a museos y convivencias nacionales e internacionales realizadas en esa época, había mucha difusión a la cultura.

Mis hermanas se salieron al poco tiempo, pero yo me quedé por el amor a la compañía; cuanto entré a la preparatoria me convertí en *mochilera* y conocí casi toda la República mexicana acampando, pues ya tenía mi equipo y experiencia en espeleología. Las guías de México fueron un parteaguas en mi vida, por el respeto y solidaridad que me inculcaron

de niña, y es un placer compartirlas un poquito de lo mucho que me dieron.

Hilda Serrano Velázquez



Mi revista de Guías de México
(cortesía de Hilda Serrano Velázquez).

Mirada de aprobación

Luego de obtener mi insignia Sirius, hice junto con otras compañeras mi caminata Polaris. Los mapas nos llevaron hacia Meztitla, caminando por la autopista México-Cuernavaca desde la Pera hasta Tepoztlán, y de allí al campo escuela scout, sin faltar la subida al cerro del Tepozteco para levantar un croquis topográfico y tomarnos unas Chaparritas de naranja o piña.

Mi tropa “Dubhe” fue una de las más grandes de mi provincia. Llegamos a tener seis patrullas: Antares, Aquila, Celenus, Difah, Sherantan y Sholti; cada patrulla tenía en promedio de ocho muchachas scouts. Lo más impresionante es solo teníamos a una jefa de tropa, Ana María Cevallos Rodríguez, quien con su metro y medio de estatura nos dirigía mediante el sistema de patrullas, por lo que aprendimos a trabajar en equipo, cuidar y enseñar a nuestras hermanas menores scouts.

Desafortunadamente, nuestra jefa de tropa tuvo que retirarse y, al no tener una sustituta, yo fungí como guía de

guías durante más de un año, pues el Consejo de Grupo no encontraba quien se encargara de nuestra tropa. Mi insignia terminal me la tramitó el jefe de la tropa masculina de mi grupo. Para mi ceremonia, organizó una pista de ciudad con ambas tropas; al finalizar la pista, con los ojos vendados me llevaron al ex convento de Churubusco y, en una ceremonia con ambas tropas y dirigentes de la provincia —años después supe que José Antonio Sagredo fue uno de aquellos dirigentes—, me entregaron mi insignia terminal de tropa, con la presencia de mi madre, la señora Catalina Elizalde (☺). Al otro día, asistimos a un campamento de tres días que la provincia Coyoacán organizó para sus tropas femeninas y masculinas, en unos terrenos ejidales en la esquina de avenida Santana y Escuela Naval Militar, al sur de la ciudad. Era algo insólito para todos los vecinos ver a un montón de adolescentes acampando en plena ciudad, pero para nosotros fue algo genial hacerlo en un lugar tan poco usual. El jefe scout de ese entonces, Ulises González Torre, nos visitó y pasó revista. Recuerdo que, al mirar la manga de mi camisola con mi Ave Fénix, me dedicó una mirada de aprobación que me hizo sentir muy bien. A casi cuarenta años de mi primera reunión scout sigo retribuyéndole con mi servicio lo que el Movimiento me obsequió.

Alicia Olivares Elizalde



Durante la entrega de mi insignia Ave Fénix, en 1988
(cortesía de Alicia Olivares Elizalde).

Un libro de oro llamado Relatos de Foresta Andii

Al ser de Toluca, tuvimos muchos lugares naturales que visitar, uno de ellos era el volcán Xinantécatl, con un sinnúmero de lugares para acampar o hacer actividades al aire libre: lo más frecuente era visitar el cráter y subir al pico del Fraile, el más alto del volcán. Otra actividad fue salir a pie de la ciudad de Toluca, cruzar el volcán hasta llegar a Valle de Bravo, en una caminata de tres días durante la que construimos refugios, realizamos rapel, escalada, senderismo; bueno, resultó algo extraordinario.

Simultáneamente me hicieron subjefa scout de la manada de gacelas "Xochiquetzalli". Integramos el Consejo de Manada Lolita Castañeda, como Van-tha; Conchita López, como Basvi, y yo como Shirma; posteriormente, se unió a nuestra manada Enrique Moreno, como Alexi, a quien conocí durante la preparación del primer Campamento Nacional de Manadas de Gacelas y Lobatos, un evento mágico en todo momento que nos marcó de por vida a quienes lo vivimos desde el Seminario Nacional para Dirigentes de Manada realizado antes del Nacional, al que llegamos más de ochocientos scouts a Meztitla, ¡un mundo de gente!, para organizar y levantar el campamento. Teníamos niñas desde seis años o menos, y no hubo un solo niño o niña que no viviera al máximo aquella reunión, con el mago Gandalf, los elfos, hobbits y todo aquel espíritu scout que hasta el día de hoy lo recuerdo y vuelvo a revivir. Hubo una tarde que nos cayó el cielo encima mientras estábamos en actividades, y cuando vimos cómo empezaba a crecer el río, algunos fuimos a resguardar las cosas dentro de nuestras tiendas; cuando cada manada hizo el recuento de sus integrantes al caer la noche, descubrimos que nos faltaba un lobato, el más pequeño de todos los asistentes. Con lámparas, silbatos y gritos, más de cien dirigentes lo buscamos hasta encontrarlo, ¡bien dormido en una tienda! Como le dio miedo cruzar el río, esperó a que bajara

la corriente y el sueño lo venció. Fue un susto muy grande el que nos sacó a todos.

Gracias a ese campamento, como lo mencioné, conocí a Enrique Moreno, quien fuera uno de los colaboradores para hacer el libro basado en una historia bellísima de una niña que, por sus cualidades, es escogida por los animalitos del bosque para servir de unión con los humanos, el “Recorrido de Deneb”, que aunque no tenía más de cincuenta páginas de extensión pudimos sacar infinidad de actividades atractivas para las gacelas, en cada sábado y campamento, un verdadero libro de oro llamado *Relatos de Foresta Andii*. Tuve la fortuna de caminar de la mano con este libro, y recibir mucha orientación y asesoría para lograr, junto con nuestro Consejo de Manada, la entrega de la primera insignia terminal Arcoíris del grupo a Marisol Campuzano; en total, logramos entregar siete insignias terminales. Actualmente esas gacelas son mujeres adultas, algunas madres de familia con sus hijos e hijas dentro del escultismo, muestra de que hicimos un buen trabajo al sembrarse esa semilla con todo el amor para que floreciera y rindiera frutos.

Emma Aida Camacho Chacón



Entrega de la insignia Arcoíris en el grupo 4 de Toluca
(cortesía de Emma Aída Camacho Chacón).

Tardeadas con aguas frescas y sándwiches de Cheese Wiz

Aún recuerdo como si fuera ayer, el día de mi promesa scout después del desfile del 18 de marzo, en la plaza del mismo nombre, en Poza Rica: era 1981 y Salvador Escalante Vázquez, nuestro jefe de tropa masculina autorizado para tomar la Promesa, me puso la pañoleta y luego me hizo girar a los cuatro puntos cardinales, saludando a todas las secciones que nos iríamos de campamento después del desfile conmemorativo de la expropiación petrolera. Aquel primer campamento sería en Rancho Aladro, y en aquellos tiempos solían durar tres o más días —los cortos eran de sábado y domingo, en que nos íbamos a las ocho de la mañana y regresábamos a las seis de la tarde del día siguiente, mientras las excursiones duraban un día completo—, pero como aquel día había desfile y los scouts lo abrimos, la salida fue hasta como las diez de la mañana.

Llegamos a Rancho Aladro, un lugar donde mis hermanos ya habían ido antes a acampar, pero para mí era la primera vez y me sentía lista para esa aventura; lo más grande que vi fue el río donde nos abastecimos de agua para lavar trastes y cocinar. Por la noche hubo una actividad de acecho, que sí llegó a intimidarme por la oscuridad reinante. Ese día crecí más años en mi forma de pensar que físicamente, y creo que mi mamá lo notó, porque a partir de entonces tomó a los scouts como eje para direccionar mis pasos a la dirección que ella quería.

Los servicios religiosos eran otra parte importante de ser scout, y nosotros acudíamos a la parroquia de la Inmaculada Concepción, en la colonia Tajín, a donde también acudían los grupos 1 y 2 y las Guías de México. Todos éramos amigos y con las Guías de México al terminar la misa nos poníamos de acuerdo para organizar tardeadas los viernes, donde entoñábamos canciones alusivas a nuestra nueva tropa tomadas de *covers*, y el menú más sonado y popular eran sándwiches de

Cheese Wiz con aguas de jamaica y horchata. Fue un tiempo especial y aleccionador que hizo feliz mi adolescencia.

Esperanza Hernández Cuellar



Ya con mi pañoleta de grupo y uniforme reglamentario scout
(cortesía de Esperanza Hernández Cuellar)

En las asta banderas de Meztitla

De mi clan “Norkay” recibí apoyo y acompañamiento durante todo el proceso que me llevó a permanecer veintiocho días arriba del Iztaccíhuatl, ni hablar de mi jefa de clan y madre, Mirna Gasca Erosa, quien me dirigió con el cariño y firmeza característicos de una gran líder. Durante el transcurso de la expedición recibimos en la montaña algunas visitas, sobre todo los fines de semana, de integrantes del Socorro Alpino y mis compañeras de clan y claneros del grupo. Nos llevaban, entre otras cosas, comida, papel higiénico, tanques de gas para la lámpara y la estufita que teníamos, y nosotros les dábamos nuestra basura para bajarla y mantener limpio el lugar. También aprovechaba aquellas visitas para enviar cartas a mi familia y a mi clan, y recibir correspondencia de ellos, lo cual era muy lindo, aunque lo que más agradecíamos era poder ver otras caras y platicar con alguien más.

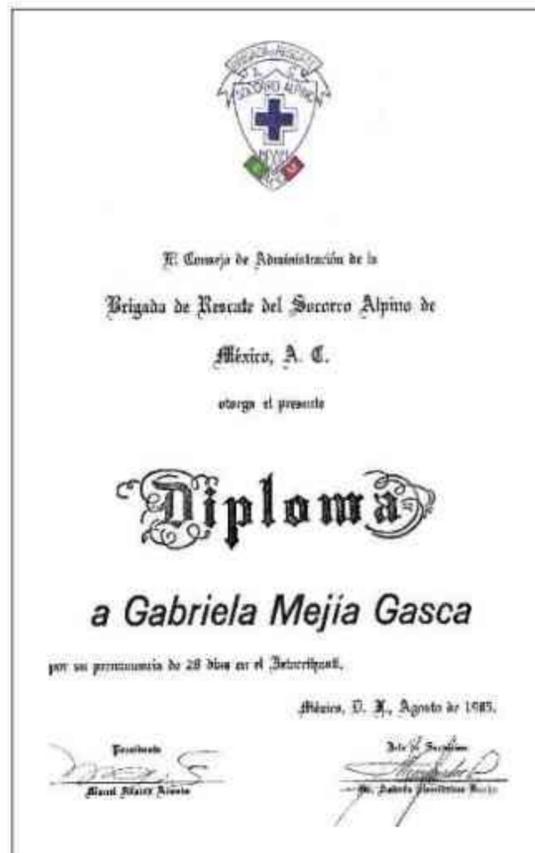
Al día número quince llegó a vernos Rubén García, veterano integrante del Socorro Alpino, gran escalador y montañista, quien antes de subir me había dicho que no creía que duraría ni tres días arriba, puesto que había visto cómo otros montañistas de mayor experiencia claudicaban ante el mal de montaña, y que una chica como yo no tenía probabilidades de resistir. Aquel día me confesó que le había cerrado la boca, al romper para entonces el récord de permanencia de mujeres, y que se quedaría con nosotros para acompañarnos a lograr el de hombres, lo que nos ayudó muchísimo anímicamente.

Mi vida dio un giro al bajar del Iztaccíhuatl el 4 de agosto de 1985, cuando, para nuestra sorpresa, los medios de comunicación nos esperaban a *Gerber* y a mí para entrevistarnos, junto con gente de la Oficina Scout Nacional, incluido el comisionado nacional de Clanes, Raúl Amador, y su esposa Mónica Caballero. Todo trascendió más allá de lo imaginado porque, poco después, me llamaron de Nacional para saber cómo una precursora logró llegar hasta ese punto, al no existir todavía un adelanto diseñado para nosotras, basándonos entonces en el existente del clan de rovers. Eso haría que la Subcomisión Nacional de Clanes le diera seguimiento al resto de mi adelanto y la conclusión de mis especialidades.

En septiembre del mismo año, fui invitada a la clausura del Indaba Nacional, en Meztitla, por, Antonio Pozzi Pardo, jefe scout nacional quien, frente a todos los asistentes formados en herradura alrededor de las asta banderas, me agradeció acudir a ejemplificar lo que pueden lograr tanto los clanes de precursoras como de rovers. Luego me dieron las hojas de té más sonoras y vibrantes de mi vida, isentí que se me salía el corazón! A continuación, me entregó la medalla de Honor, aunque de manera simbólica porque nunca se había entregado otra similar en la historia del escultismo

mexicano, y no la tuvieron a tiempo, dándomela finalmente en la Asamblea Nacional de Asociados de aquel año.

Mirna Gabriela Mejía Gasca



Diploma que acredita los días que permanecí arriba del Iztaccíhuatl (cortesía de Mirna Gabriela Mejía Gasca).

Creecer

Me gustaba la manada, e incluso hice dos módulos del curso de Insignia de Madera, pero quería algo más; quería tener mi propio avance de habilidades, iquería crecer! Quería pertenecer a una rama que me diera lo que le hace falta a una joven, la posibilidad de ver avances claros... crecer personalmente. Por mi edad, ya no podía pertenecer a la avanzada, una rama entre la tropa y el clan que aparecería en el grupo 107, primero la masculina y luego la femenina; entonces, durante una junta con los dirigentes del grupo, ya entonces asignado a la naciente provincia Iztacalco, propuse abrir el clan de precursoras, lo cual resultó todo un reto lograrlo. Me tocó elegir nombre y encuadrar su esquema de avance, el cual era sensacional. "Cihuatl" fue el nombre de nuestro clan, al que tuve la oportunidad de invitar algunas chicas para integrarlo y, sobre todo, recibir a las

que venían de nuestra flamante avanzada. Tuve mi renovación de Promesa y comencé mi avance de insignias, ¡estaba creciendo!

Fuimos al Invermoot de Chihuahua, donde recibimos el año nuevo de 1984, y participamos en uno de los primeros Encuentros de Expresión y Artes Scout celebrados en Meztitla, en 1985, donde nuestro clan ganó el Festival de la Canción, lo cual resultó muy satisfactorio. La entrada a la rama mayor me hizo dejar la manada y el curso de Insignia de Madera, porque poco aprieta el que mucho abarca, y cuando comencé mi licenciatura no fue ya posible cumplir con todas mis responsabilidades. Mi mamá me dijo entonces que había crecido, lo que me llevó a dejar el grupo en 1986, aunque de ahí conservo a mis mejores amigos, y mi hijo e hija llegaron a ser scouts.

Luz Adriana Egan Castillo



Al extremo inferior derecho con sus compañeras de clan, durante el Encuentro de Expresión y Arte Scout de Meztitla, en 1985 (cortesía de Martha Elena López Guzmán).

Quejumbrosos

El único evento nacional al que fuimos como clan fue a un Rover Moot en Meztitla, organizado por Miguel Martagón (☺), con quien llegó a quejarse un clan masculino de Puebla, me parece, o pudo ser de Guadalajara: que cómo era posible que hubiera ahí dos clanes femeninos —el del grupo 88 y el nuestro—, que eso no estaba aceptado por

la Asociación. O sea: no querían que las mujeres formaran parte del escultismo. Miguel les dijo que sí, que ahí estábamos y ellos tenían todo el derecho de irse cuando quisieran. Y sí, se fueron.

Gloria Toral Coarasa



Los dos clanes del grupo 92 en el Rover Moot de Meztitla, 1981
(cortesía de Luis Lach Herrera).

Plegarias atendidas

No sé en qué momento ni cómo ocurrió el cambio, pero, de repente, nos cambiamos de grupo scout. Dejamos de ir a aquel enorme parque ubicado en avenida Taxqueña que tenía una pirámide con varias astas bandera, a la que tenía prohibido subirme por peligroso, y comenzamos a ir a otro local más pequeño, en el atrio de la parroquia del Patrocinio de San José, ubicada en avenida 8, colonia Educación. Ahí ya no había “haditas”: las niñas llevábamos un uniforme parecido al de los niños. ¡Mis súplicas fueron escuchadas!

Este cambio ocurrió en el grupo 328 de Coyoacán. Su jefe era el inamovible Juan Garavito, a quien recuerdo con cariño y como único “jefe”. Alejandro era el jefe de tropa, y Gustavo el subjefe. Había un incomparable Baloo (Alejandro), y una chica a la que todos llamábamos *Pipo*.

Por un tiempo, las niñas estuvimos completamente integradas a las actividades de los lobatos y nos llamaban

“lobatas”. Nuestro uniforme era muy parecido, pero con falda que llevaba un short pegado. ¡Ahora ya podía jugar igual que ellos, sin ningún “peligro”! Llevábamos las mismas insignias: un lobo hermoso del lado del corazón, cosido al suéter azul, y un par de estrellas colocadas a los lados de aquel bello lobo. Tenía una Akela mujer llamada Jannetta, quien años más tarde sería mi jefa de tropa.

Por fin pude ir a la inigualable Meztitla, con la subida al Dado que no puede faltar en ningún campamento, una fogata llena de canciones como “El gallo bullangero”, “Yo soy scout” y, por supuesto, “La canción de despedida”, cuya melodía a la fecha me saca una lágrima.

Después de algún tiempo separaron las ramas y crearon para las niñas la manada de “Oribis”, pero después de algunos meses nos cambiaron el nombre a “gacelas”, ya con una mística muy diferente a los lobatos, y tuve una Van-tha que se llamaba Janet García. En esta etapa no duré mucho tiempo, pues me cambié a tropa; al llegar a ésta también llegó el cambio de uniforme. Ahora era una camisola gris con cuello mao, en ese entonces igual para hombres como mujeres. También cambiamos el hermoso lobo —a mí no me tocó tener insignia de gacela— por mi primera flor de lis con un diseño muy diferente a la actual, hermoso símbolo que, a la fecha, quiero y respeto.

Apenas se estaba estructurando cómo debían llamarse las tropas femeninas: primero usábamos para nuestras patrullas nombres de animales, después adoptamos nombres de aves, y terminamos siendo usando de estrellas. Recuerdo que mi primera patrulla fue Sheratan, ¡la victoria!

Sin darme cuenta, por fin era parte de este Movimiento, de esta hermandad que me ofreció grandes amigos, compañeros, guías y dirigentes que me ayudaron a crecer y aprender valores que no todos entendían. Mucho de lo aprendido, como el amor y respeto a la naturaleza, la hermandad y el concepto de servicio, me siguen acompañando.

En retrospectiva, creo que el momento cumbre en que las ramas femeniles demostramos que pertenecíamos al Mo-

vimiento sin distinción alguna, fue durante el sismo de 1985, donde fuimos convocados, todos y todas de la misma manera, para dar servicio en derrumbes, a damnificados, y en la recolección de víveres y material médico. Mi tropa fue comandada por la inigualable Jannetta, quien nos guio durante aquel servicio del 85, proyectándonos fuerza y confianza.

A la distancia, entiendo que fuimos muchas las niñas y mujeres que deseábamos formar parte de este Movimiento, y levantamos la voz sin rendirnos, y hubo quienes quisieron escucharnos y hacer realidad este cambio. Todos fuimos parte de un momento muy importante dentro del movimiento scout.

Andrea Molina López



Algunas de mis insignias scouts
(cortesía de Andrea Molina López).

Contenido

Llamada de reunión	
<i>Yaroslava Guerrero Placencia</i>	5
Comunicado del 4 de abril de 1981	
<i>Luis Marcial Hernández Ortega</i>	9
Tiempo atrás.....	11

La presente obra se liberó en la red durante el mes de abril de 2025.
Su cuidado editorial corrió por cuenta de Arturo Reyes Fragoso.

Biblioteca del Centenario

TERCERA TEMPORADA

21. **Las Pioneras 1, La irrupción de las unidades femeninas en la Asociación de Scouts de México,**
Yaroslava Guerrero Placencia (coordinadora)
22. **Las Pioneras 2. La irrupción de las unidades femeninas en la Asociación de Scouts de México,**
Yaroslava Guerrero Placencia (coordinadora)
23. **Consejos y advertencias para Jefes y Exploradores (1921),** Federico Clarck
24. **Brownsea, dos historias de 1907,**
William Hillcourt • Percy Everett
25. **Las rutas de la precursora,**
Ana María Alcocer Peralta (coordinadora)
26. **Crónicas de un scouter,** Daniela Cruz
27. **XXV Campamentos Nacionales (1934-1989),**
Comité Organizador del XXV Campamento Nacional Scout
28. **Semblanzas de Baden-Powell,**
Jorge Toral • Agustín G. Lemus • et al.
29. **Regresamos más fuertes. Cuando los scouts afrontaron una pandemia,**
Martínez Herrera • Reyes Fragoso (coordinadores)
30. **Tres aventuras selváticas rover,**
Felguérez • Jolly • Quintana



Asociación de Scouts de México, A.C.
Córdoba 57, col. Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx